

CUADERNOS

historia 16

El desastre del 98

M. Tuñón de Lara, J. Andrés-Gallego y J. L. Abellán



30

140 ptas

CUADERNOS

historia 16

1: Los Fenicios • 2: La Guerra Civil española • 3: La Enciclopedia • 4: El reino nazarí de Granada • 5: Flandes contra Felipe II • 6: Micenas • 7: La Mesta • 8: La Desamortización • 9: La Reforma protestante • 10: España y la OTAN • 11: Los orígenes de Cataluña • 12: Roma contra Cartago • 13: La España de Alfonso X • 14: Esparta • 15: La Revolución rusa • 16: Los Mayas • 17: La peste negra • 18: El nacimiento del castellano • 19: Prusia y los orígenes de Alemania • 20: Los celtas en España • 21: El nacimiento del Islam • 22: La II República Española • 23: Los Sumerios • 24: Los comuneros • 25: Los Omeyas • 26: Numancia contra Roma • 27: Los Aztecas • 28: Economía y sociedad en la España del siglo XVII • 29: Los Abbasíes • 30: El desastre del 98 • 31: Alejandro Magno • 32: La conquista de México • 33: El Islam, siglos XI-XIII • 34: El boom económico español • 35: La I Guerra Mundial (1) • 36: La I Guerra Mundial (2) • 37: El Mercado Común • 38: Los judíos en la España medieval • 39: El reparto de África • 40: Tartesos • 41: La disgregación del Islam • 42: Los Iberos • 43: El nacimiento de Italia • 44: Arte y cultura de la Ilustración española • 45: Los Asirios • 46: La Corona de Aragón en el Mediterráneo • 47: El nacimiento del Estado de Israel • 48: Las Germanías • 49: Los Incas • 50: La Guerra Fría • 51: Las Cortes Medievales • 52: La conquista del Perú • 53: Jaime I y su época • 54: Los Etruscos • 55: La Revolución Mexicana • 56: La cultura española del Siglo de Oro • 57: Hitler al poder • 58: Las guerras cántabras • 59: Los orígenes del monacato • 60: Antonio Pérez • 61: Los Hititas • 62: Don Juan Manuel y su época • 63: Simón Bolívar • 64: La regencia de María Cristina • 65: La Segunda Guerra Mundial (1) • 66: La Segunda Guerra Mundial (2) • 67: La Segunda Guerra Mundial (y 3) • 68: Las herejías medievales • 69: Economía y sociedad en la España del siglo XVIII • 70: El reinado de Alfonso XII • 71: El nacimiento de Andalucía • 72: Los Olmecas • 73: La caída del Imperio Romano • 74: Las Internacionales Obreras • 75: Esplendor del Imperio Antiguo de Egipto • 76: Los concilios medievales • 77: Arte y cultura de la Ilustración en España • 78: Apocalipsis nuclear • 79: La conquista de Canarias • 80: La religión romana • 81: El Estado español en el Siglo de Oro • 82: El «crack» del 29 • 83: La conquista de Toledo • 84: La sociedad colonial en América Latina • 85: El Camino de Santiago • 86: La Guerra de los Treinta Años • 87: El nacionalismo catalán • 88: Las conferencias de paz y la creación de la ONU • 89: El Trienio Liberal • 90: El despertar de África • 91: El nacionalismo vasco • 92: La España del Greco • 93: Los payeses de remensa • 94: La independencia del mundo árabe • 95: La España de Recaredo • 96: Colonialismo e imperialismo • 97: La España de Carlos V • 98: El Tercer Mundo y el problema del petróleo • 99: La España de Alfonso XIII • 100: Las crisis del año 68.

historia¹⁶

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.
VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.
DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.
DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.
DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
REDACCION: Asunción Doménech y Manuel Longares.
COLABORACION ESPECIAL: José M.ª Solé Mariño.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.

Es una publicación del Grupo 16.

REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.º 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.

Barcelona: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: 218 50 16 y 218 50 66.

DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfs.: 268 04 03 - 02.

DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.

PUBLICIDAD MADRID: Adriana González.
Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.

Cataluña: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: (93) 237 70 00, 237 66 50 ó 218 50 16.

Zona Norte: Alejandro Vicente. Avda. del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Tel. (94) 435 77 86.

IMPRIME: Raycar, S. A. Matilde Hernández, 27. 28019 Madrid.

DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avda. Valdelaparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).

ISBN 84-85229-76-2, obra completa.

ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.

ISBN 84-7679-016-3, Tomo V

Depósito legal: M. 41.536. - 1985.



Soldados españoles durante la guerra de Cuba

Indice

El desastre del 98	4
Los últimos días de un Imperio	
Por Manuel Tuñón de Lara	6
Catedrático de Historia Contemporánea. Universidad del País Vasco	
Regeneracionismo y crisis del 98	
Por José Andrés Gallego	17
Catedrático de Historia Contemporánea. Universidad Nacional a Distancia	
La guerra de Cuba y los intelectuales	
Por José Luis Abellán	27
Catedrático de Historia del Pensamiento Político. Universidad Complutense de Madrid	
Bibliografía	31



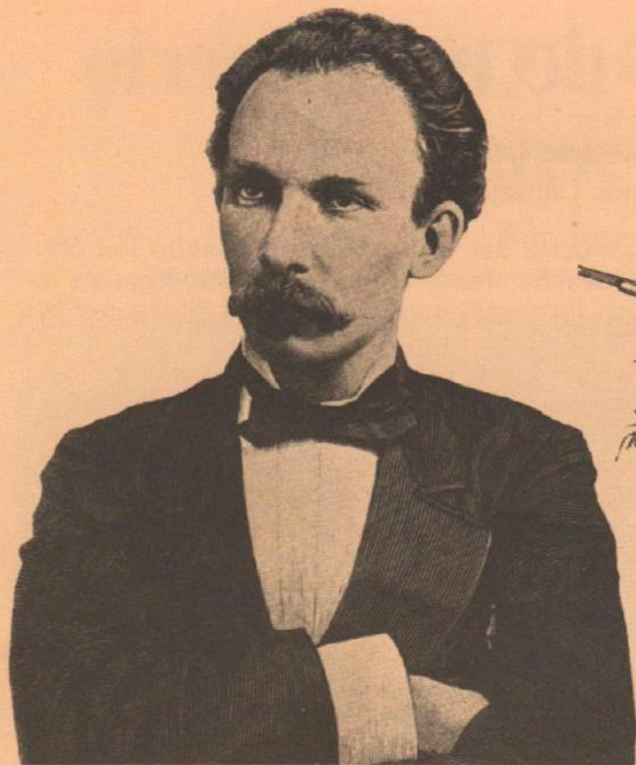
El desastre del 98

La firma del Tratado de París supondría para España la pérdida de los últimos residuos que mantenía de su imperio colonial. Tanto en Cuba como en Filipinas, la potencia emergente que eran los Estados Unidos de América había alentado a los movimientos independentistas ya existentes. Los conflictos generados por esta causa supondrían para la metrópoli un profundo trauma, debido a la crudeza de los combates entablados y a la dependencia que los mismos creaban para gran parte de su población.

Las posiciones regeneracionistas, hasta entonces mantenidas en estado latente, hallarían en estos hechos motivación válida para expresarse en forma amplia. La derrota bélica que producía la reducción de España a potencia de segundo orden dentro del concierto europeo serviría de esta forma como elemento inductor para la adopción de actitudes tendentes a la necesaria renovación de las estructuras básicas del país.



Soldados españoles a caballo (arriba). Hilera de soldados a la espera del «rancho» (abajo)



José Martí (arriba, izquierda). Imagen de una avanzada de insurrectos (arriba, derecha). Tienda de oficiales (centro). Formación de voluntarios en La Habana (abajo)



Los últimos días de un Imperio

Por Manuel Tuñón de Lara

Catedrático de Historia Contemporánea. Universidad del País Vasco

MADRID de fin de siglo... Madrid del café de Fornos, de «la tercera de Apolo», del estreno de *La Revoltosa*, de las tertulias en las salas de redacción de los diarios, por donde suele verse a un joven anarquizante que lleva paraguas rojo y se llama Martínez Ruiz. Sagasta, con sus liberales, dirige la nave gubernamental (tras el asesinato de Cánovas en el verano del 97) con serios peligros de zozobrar ante la tempestad que supone la persistencia y agravación de la guerra en Cuba y Filipinas. Sagasta (con Gullón en Estado y Moret en Ultramar) ha quitado a Weyler sustituyéndole por el general Blanco; y ha concedido una autonomía a Cuba, que los cubanos, cada día más fuertes, consideran como un torpe ardid y no aceptan (a excepción de un pequeño grupo de La Habana con Montoro y Govin), mientras que en la metrópoli un «chovinismo» ciego la considera nefasta.

La guerra se siente de una manera que el hombre de la calle no capta todavía; porque la verdad es que el madrileño paga más cara la libreta de pan, y también otros productos del mercado de abastos, pero no relaciona ambos hechos. Sí se dan cuenta —en cambio— de lo que es la guerra aquellas pobres familias —en su inmensa mayoría del campo español— cuyos hijos van con el traje de rayadillo a Cuba, porque no tuvieron las 2.000 pesetas que los liberasen del servicio militar.

Pero la gente, en general, no comprende; ni sabe que los cubanos se baten por la independencia nacional, ni saben que el potencial económico y bélico de Estados Unidos es muy superior al de España. Ciertamente, unas minorías lúcidas darán la voz de alarma; el primero Pi y Margall, cuyo gesto en favor de la paz y del derecho de los cubanos le costará perder en 1898 su acta de diputado por Gerona. Y también el Partido Socialista y el joven catedrático Miguel de Unamuno que ha escrito su famoso artículo «El negocio de la guerra».

La explosión del «Maine»

Los acontecimientos se precipitan. Los norteamericanos habían enviado unos navíos de guerra a La Habana en sospechosa visita de cortesía, pocas semanas después de la elección de McKinley a la presidencia de la república; uno de ellos, el crucero *Maine*, seguía allí anclado semanas y semanas. Y de pronto, a las diez menos cuarto de

la noche del 15 de febrero (cuando los oficiales del navío norteamericano asistían a una representación en el teatro Albizu con la «buena sociedad» habanera o jugaban al *bridge* en algunas moradas elegantes del barrio residencial del Cerro) se oyó en La Habana una espantosa deflagración: una fenomenal explosión se había producido en la proa del navío que, en llamas, se hundía rápidamente, dejando al descubierto tan sólo una parte de la popa: los dos oficiales que habían quedado a bordo y 264 miembros de la tripulación perecieron ahogados.

El *New York Journal* del 16 de febrero titulaba así su primera plana: «El *Maine* partido en dos por una máquina infernal del enemigo.» Cuatro días después pedía abiertamente la intervención militar de Estados Unidos en Cuba. Otro periódico, *The World*, iba más lejos: «La destrucción del *Maine* —decía— es razón suficiente para dar orden a nuestra escuadra de zarpar para La Habana y exigir una indemnización en el plazo de veinticuatro horas bajo amenaza de bombardeo.»

En el fondo, Theodor Roosevelt, subsecretario de Estado para la marina, era también partidario de enviar a La Habana una flotilla de destructores, pero McKinley y su secretario de Estado le frenaban. La campaña belicista, dirigida por Hearst, el magnate de la prensa, se desplegó con inusitados vuelos y perseverancia. A este propósito, se cuenta que un corresponsal de Hearst en La Habana le puso en el mes de marzo el siguiente telegrama: «Aquí todo está en calma stop No hay agitación stop Quisiera regresar porque no habrá guerra, firmado Remington.» La respuesta fue la siguiente: «Quédese ahí stop De que haya guerra me encargo yo, firmado Hearst.»

La explosión del *Maine* fue sin duda aprovechada por la diplomacia norteamericana, sin que nunca haya podido saberse si fue una auténtica provocación. En todo caso, el cónsul norteamericano rechazó la propuesta del general Blanco de formar una comisión investigadora de ambos países; la comisión norteamericana dictaminó que la explosión era debida a minas colocadas en el exterior del navío; pero la comisión española no fue autorizada a examinar el casco y el interior del *Maine*, cuyos restos fueron dinamitados y hundidos por el capitán Sigsbee.

El acontecimiento se producía en una coyuntura desfavorable para el Gobierno es-

pañol, ya que los cubanos se habían apoderado de una carta del embajador de España en Washington Dupuy de Lome a Canalejas, en la que se contenían graves injurias contra McKinley y que fue dada a la publicidad. A toda prisa Dupuy tuvo que ser sustituido por otro diplomático, Polo de Bernabé.

Coincidieron tan graves sucesos con las fiestas de Carnaval, que tenían entonces una importancia popular desconocida en nuestro tiempo. El estilo frívolo de abordar tan dramático asunto hizo su aparición con el disfraz que obtuvo el primer premio del Ayuntamiento en el concurso del madrileño paseo del Prado: un personaje disfrazado de cerdo ¡con los distintivos nacionales norteamericanos...! También la aristocracia tuvo su desfile de coches por la Castellana y bailó en el Círculo de Bellas Artes. Cuba y Filipinas estaban tan lejos... Tan lejos estaban que, las mismas clases que se habían aprovechado durante todo el siglo de esas colonias, los mismos incluso que habían amasado allí sus capitales padecían una miopía total sobre la realidad de aquel país alzado en armas por su independencia. No menos inconsciente era el sector republicano que se expresaba a través del diario *El País*, cuyo editorial del 24 de febrero se terminaba así: «El problema cubano no tendrá solución mientras no enviemos un ejército a los Estados Unidos». (Ya en 1897, don Miguel de Unamuno había criticado áspidamente esa actitud: «Con esto de las guerras de las colonias ha salido al exterior el espíritu reaccionario que llevaban escondido los republicanos más turbulentos. No hay diferencia ninguna entre las gentes de *El País* y las de *El Correo Español*.» (En «Lucha de clases» de Bilbao, 13-2-97.)

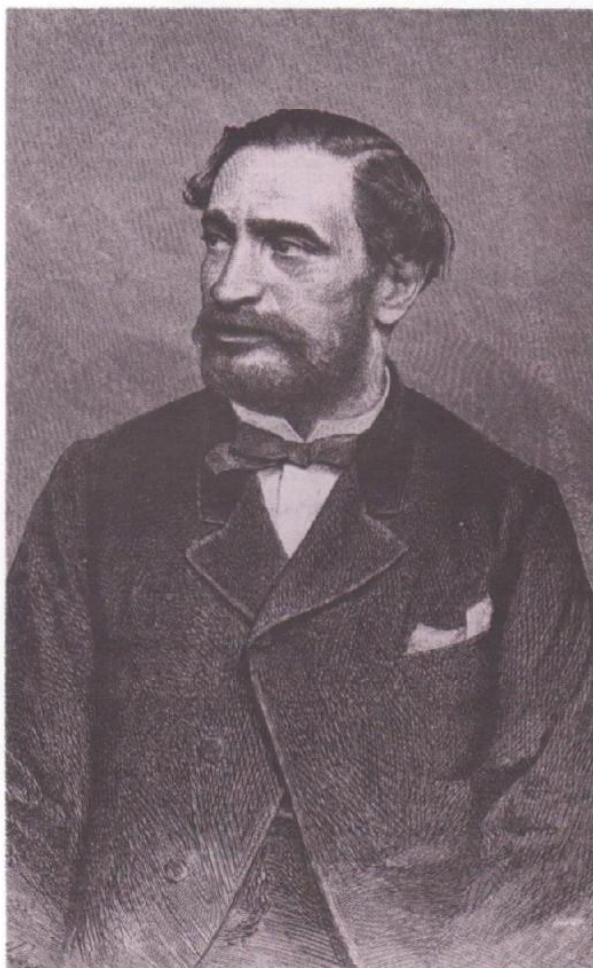
Razones tenía Sagasta para no compartir la ignorancia de la realidad bélica y colonial, ya que el general Blanco, en un informe fechado a finales de febrero, le decía: «El Ejército, agotado y anémico, poblando los hospitales, sin fuerzas para combatir ni apenas para sostener las armas; más de trescientos mil concentrados agonizantes o famélicos pereciendo de hambre alrededor de las poblaciones...»

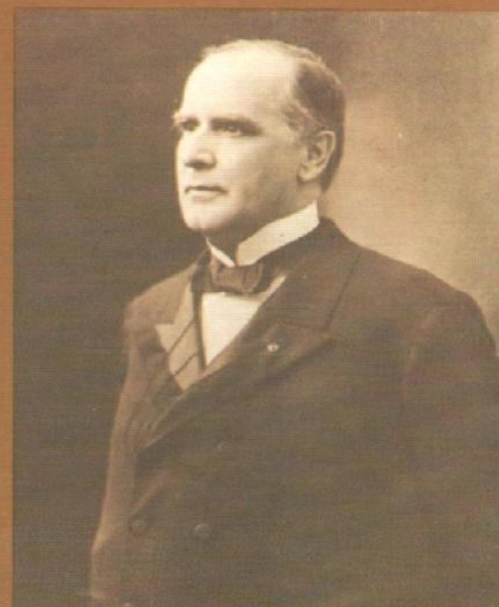
Compraventa

Podemos añadir que, cuando Blanco escribía ese informe, las fuerzas cubanas mandadas por Máximo Gómez y Calixto



General Ramón Blanco
Práxedes Mateo Sagasta





William McKinley

Salida de tropas para el frente

Carga de la caballería cubana

García controlaban cada vez más el terreno en Oriente y en Las Villas.

Cada día que pasaba traía un nuevo signo de tormenta. El Departamento de Estado daba instrucciones a su ministro plenipotenciario en Madrid, Mr. Woodford, de que propusiese al Gobierno español un armisticio que durase todo el verano, la supresión de los «reconcentrados» (verdaderos campos de concentración donde morían mujeres, niños y ancianos) y el «self-government completo», entendiéndose por tal «independencia». El 18 de marzo, en una entrevista dramática de Moret con Woodford, éste le dice: «No creo que la autonomía pueda dar la paz a Cuba, ni tampoco creo que los insurrectos puedan asegurar la paz por un gobierno libre e independiente. Sólo hay un poder y una bandera capaces de asegurar la paz. Los Estados Unidos tienen ese poder y la bandera norteamericana es esa bandera.»

Y Woodford, una vez más, proponía pura y simplemente un negocio de compraventa de la isla que figuraría en un memorándum secreto, sometiendo a la Reina Victoria de Inglaterra el arbitraje.

Rechazada la oferta, poco o nada quedaba ya que hacer. Pero hay más; la comisión norteamericana que investigó sobre el *Maine* acusaba a España en su informe del 21 de marzo; la opinión americana se exci-

taba por momentos. Y el secretario de Estado, Day, argumentaba con los sentimientos de «nación cristiana» para apoyar la intervención.

Mientras tanto, el 27 de marzo se elegía un nuevo Congreso de los Diputados. El editorial del periódico republicano *El País* del siguiente día acertaba a definir en dos palabras la jornada electoral: «indiferencia y corrupción». En efecto, mientras un 50 por 100, por lo menos, del censo electoral no acudía a las urnas, las trapisondas, ilegalidades y cacicadas del Gobierno adquirieron tanta monta que no hubo periódico (*El Imparcial* incluido) que no se hiciese eco de ellas. Los socialistas fueron víctimas propiciatorias de aquel furor sagastino que les privó de bastantes millares de votos ganados en buena lid y, con toda seguridad, del acta de Pablo Iglesias por Bilbao.

El presidente McKinley preparaba su mensaje al Congreso para el 5 de abril y lo retrasó seis días para que las familias norteamericanas tuvieran tiempo de salir de Cuba. Durante esos días, el gobierno español, presionado por las potencias, aceptaba armisticio, pero los cubanos lo rechazaban y los norteamericanos se alzaban de hombros. McKinley iba a leer su mensaje; y lo lee, el día 11 de junio. Y dijo entonces: «La situación actual de la isla de Cuba es una ame-



naza constante para nuestra paz interior e impone al Gobierno de los Estados Unidos gastos enormes, consecuencia de un conflicto que dura desde hace años en una isla tan próxima a nuestro país, y tan unida a nosotros por importantes relaciones comerciales, y corren constante peligro la vida y la libertad de nuestros conciudadanos; mientras se destruyen las haciendas y los caudales de éstos y están expuestos a ser apresados, y lo son, en efecto, nuestros buques mercantes por la Marina de un Gobierno extranjero.»

McKinley dedicó mucha más atención en su mensaje al episodio del *Maine* que a la aceptación del armisticio por el Gobierno de Madrid, señalada sólo como apéndice. El presidente pedía al Congreso que le autorizase «para tomar medidas destinadas a conseguir una terminación completa y definitiva de los hostilidades entre el gobierno de España y el pueblo de Cuba para asegurar el establecimiento en la isla de un gobierno estable capaz de mantener el orden y de observar sus obligaciones internacionales, garantizando la paz, la tranquilidad y la seguridad de sus ciudadanos y de los nuestros, y para emplear las fuerzas militares y navales de los Estados Unidos en la medida que pueda ser necesaria para estos fines».

Pocas esperanzas cabían de impedir la en-

trada en guerra de Estados Unidos aquella semana del 12 al 19 de abril. Gullón —y personalmente la Reina Regente— se habían dirigido ya a la Santa Sede solicitando una mediación. Vano intento. El secretario de Estado —y antiguo Nuncio en Madrid— cardenal Rampolla, respondió que «Su Santidad recomienda que no se precipiten los sucesos y que se guarden la calma y la dignidad...» Ahora, un telegrama circular del 14 de abril a todos los gobiernos de Europa no encontraba el menor eco. Las cortes europeas no estaban dispuestas a comprometerse en una acción mediadora.

Pero en calles y plazas de las ciudades españolas se manifestó una psicosis bélica con gritos de «¡A Nueva York!», etc., y acordes de la «Marcha de Cádiz» por gentes que, en su mayoría, se quedaban en sus casas de este lado del Atlántico. Ramón Gómez de la Serna ha evocado aquellos días, cuando él era todavía un niño:

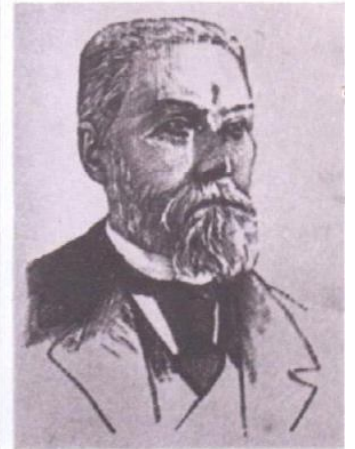
«Y la guerra contra la nación más boyante del mundo se hacía en medio de estas casas apeñuscadas, que había que derribar —que hoy ya están derribadas—, apiñadas como en junta de rabadanes ilusos. Se tenía la idea de que el poder mágico de los ministerios y del Banco de España estaban preparando la victoria, y por el Prado salían batallones vestidos de rayadillo, calzados



McKinley con su gabinete

Preparativos para la guerra

Calixto García



con alpargatas de tiras blancas y negras, sandalias de expatriados, que daban un aspecto tétrico y herido a los pies. ¡Todos iban contentos porque les habían regalado unas cajetillas para el viaje!»

Hacia la guerra

La situación era verdaderamente imparable. La *Joint Resolution* de ambas cámaras norteamericanas era adoptada el 18 de abril. Aquello era implícitamente, una declaración de guerra, que McKinley se apresuró a aprobar cuarenta y ocho horas después, telegrafiando su contenido inmediatamente a Woodford para que lo comunicase al gobierno español en un «ultimátum» exigiendo el abandono de toda autoridad sobre Cuba en el plazo de tres días.

Desde el 18 la guerra se consideraba en Madrid inevitable, así como en los medios militares. El contralmirante Cervera, jefe de la escuadra, que en gran parte estaba concentrada desde hacía diez días en el archipiélago de Cabo Verde, reunió a los jefes de la misma y también del E. Mayor de la Armada en la tarde del día 20.

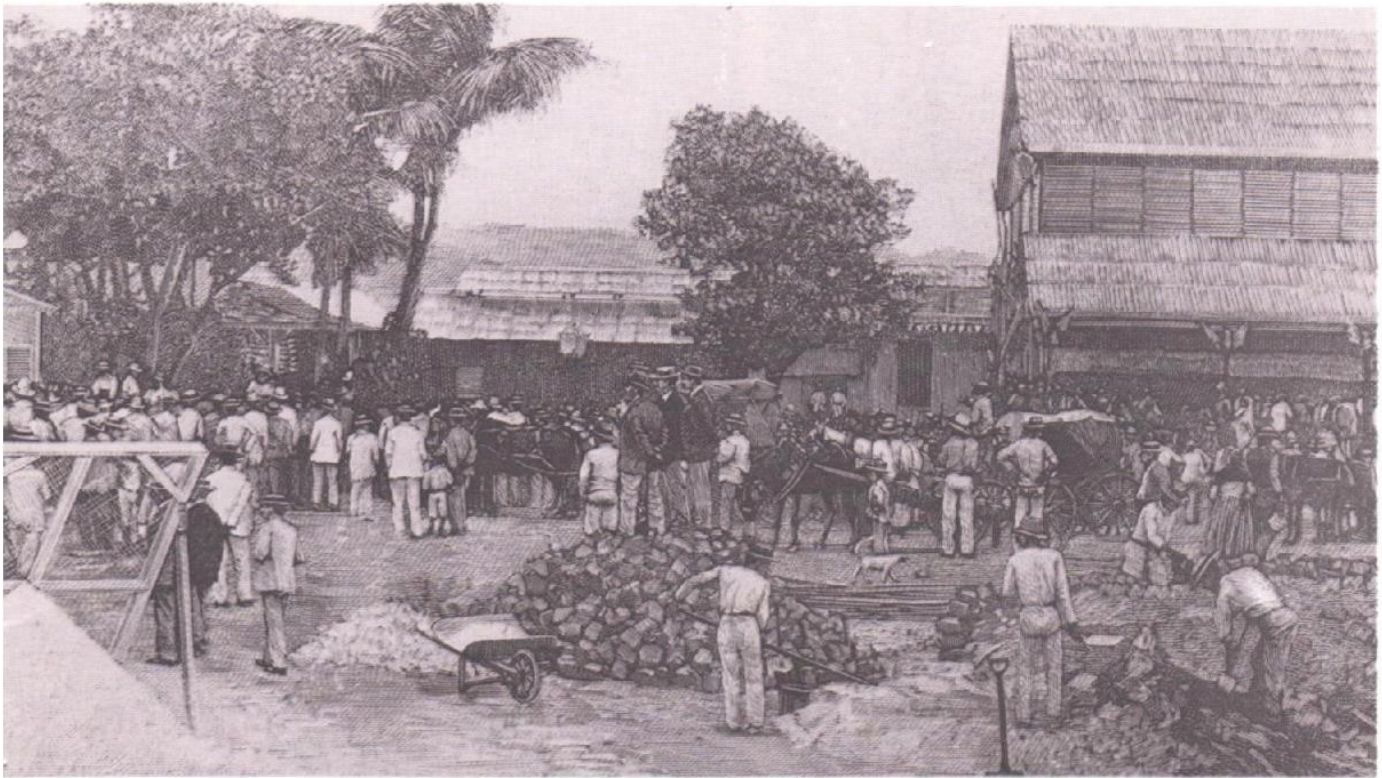
Esa mismo día se abrían apresuradamente las sesiones de Cortes y el mensaje que ante ellas leyó la Reina Regente no ocultaba la gravedad de los hechos. Era ya muy tarde cuando el Gobierno conoció la decisión de McKinley (a causa del desfase

de horas entre Europa y América); reuniéndose entonces para adoptar medidas.

Cada hora traía un nuevo acontecimiento. Cervera telegrafiaba desde su buque-insignia, el *Cristóbal Colón*, sugiriendo que la escuadra se replegase hacia Canarias; los jefes allí reunidos estimaban que en las precarias condiciones técnicas en que se hallaba la flota, era preferible eludir un choque. «Todos ellos —dice Fernández Almagro— estaban convencidos de que España no podía afrontar una guerra con los Estados Unidos, que forzosamente habría de decidirse en el mar.»

Sagasta y el ministro de Marina, contralmirante Bermejo, insistieron en que la escuadra zarpase hacia Puerto Rico, cruzándose el telegrama con la carta en que Cervera apoyaba razonadamente su propuesta.

Pero la noche del 20 al 21 iba a ser decisiva. Woodford que había recibido el telegrama de McKinley, creyó preferible no despertar a Sagasta a altas horas de la noche, y dejar la presentación del «ultimátum» para la mañana del día 21. Eso era no contar con que el gabinete de cifra del Ministerio de Estado había conseguido descifrar el texto norteamericano cuyo contenido era así conocido por el gobierno español a eso de la medianoche. ¿Cuál fue la reacción? Pues... adelantarse. Telegrafiar a Polo de Bernabé para que abandonase Washington, y comunicar a Woodford que quedaban rotas las relaciones entre ambos países. De



modo que cuando el diplomático norteamericano se disponía a salir por la mañana para recorrer el corto trecho entre la embajada de su país —en la plaza de las Descalzas esquina a Postigo de San Martín— y la residencia de Sagasta en la plaza de Celenque, recibió el despacho de Gullón con esa notificación y la de inmediata entrega de sus pasaportes. El gobierno español se había «adelantado»; Woodford salía aquella noche para París, por la estación del Norte, acompañado del personal de su Legación.

El estado de guerra era, pues, un hecho, entre los dos países, cuando el Congreso se

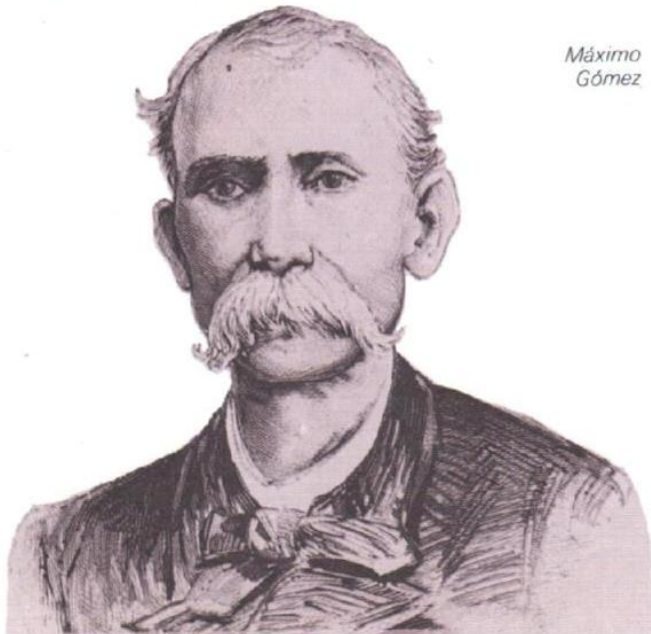
reunió en la tarde del 21 de abril para debatir el voto de confianza solicitado por Sagasta. Dos días después Sagasta se sucedía a sí mismo, como era de esperar.

Desproporción de fuerzas

Pero la escuadra norteamericana, aprovechando la ruptura diplomática iniciada por Madrid, se hallaba tan sólo a diez millas de La Habana en la tarde del día 23, y eso sin previa declaración de guerra. En efecto, el *bill* de declaración de guerra sólo fue votado por las cámaras yanquis el 25 de abril, con la singularidad de tener carácter retroactivo a partir del día 21. No en balde, antes del 25, los barcos de guerra estadounidenses habían apresado ya dos mercantes españoles.

Cervera había enviado al ministro, el día 22, el siguiente telegrama: «Suplico a V. E. me permita insistir en lo desastrosas que conceptúo las consecuencias de nuestro viaje a América, para el porvenir de la patria. Así opinan todos estos hombres de honor. Ruego a V. E. que lea este telegrama y toda mi correspondencia oficial y confidencial al presidente del Consejo, a fin de tranquilizar mi conciencia.»

Bermejo convocó entonces la reunión de los 17 generales de la Armada. Sólo cuatro compartieron el criterio de Cervera y los comandantes de los buques. Se reiteró la orden de partir inmediatamente para las Antillas. Era el 24 de abril; Cervera escribe to-



Máximo Gómez



Tripulación del cañonero «Contramaestre»

davía: «Con la conciencia tranquila voy al sacrificio, sin explicarme ese voto de los generales de marina.»

Al amanecer del 29 de abril, la flota levaba anclas. Pero ya la guerra se generalizaba por doquier; la flota española del Pacífico (ocho navíos de guerra mandados por el almirante Montojo, amén de algunas unidades auxiliares) se desplegaba en el mar de Cavite, a la entrada de Manila, amenazada ya por mar y tierra. La escuadra norteamericana, mandada por el comodoro Dewey (con barcos de casco de acero frente a los cascos de madera de los españoles), se dirigía a todo vapor hacia la entrada de la bahía de Manila.

Llegaban noticias de que la flota norteamericana había bombardeado Matanzas, la Bolsa bajaba vertiginosamente, el Gobierno lanzaba una nueva operación de «empréstito nacional» (como las de 1896 y 1897, en vez de impuestos de guerra sobre la renta o el capital). Este empréstito voluntario, en bonos de 500 pesetas, cuyos compradores las pagaban a 420 ó 450 y obtuvieron intereses anuales del 6 por 100, fue suscrito «generosamente» por el marqués de Comillas, el marqués de Urquijo, la Duro-Felguera, el Crédito Mobiliario... ¿para qué seguir?

En las tertulias madrileñas se creía que los cruceros yanquis virarían en redondo ante la sola presencia de nuestra flota; y periódico hubo, como *Heraldo de Madrid*, entonces propiedad de Canalejas, que aseguró, muy serio, que las tripulaciones norteamericanas

desertarían a las primeras de cambio. Sólo los órganos estrictamente minoritarios del movimiento obrero, *El Socialista* y *La Revista Blanca*, guardaban lucidez para señalar el peligro. El 15 de abril, una semana antes de estallar el conflicto con Norteamérica, *El Socialista* había publicado un editorial (que, aunque publicado sin firma, estaba redactado por Juan José Morato) en el que se decía que, si era preciso, había que aceptar la independencia de Cuba. Añadiendo: «Y los que quieren la guerra, que formen batallones de voluntarios y la sostengan por su cuenta; que envíen a ella a sus hijos. No al Real, no a la Plaza de Toros, no a la calle de Alcalá y a la Puerta del Sol, a la manigua deben acudir los patriotas que quieren pescar en río revuelto y aquellos otros que de la guerra hacen granjería.»

Y el 1.º de mayo, el manifiesto del Partido socialista empieza así: «Compañeros: La guerra entre nuestro país y la República Norteamericana es ya un hecho. A ella nos han llevado, de una parte, la ineptitud, la imprevisión y la pequeñez de miras de nuestros burgueses; de otra, la insaciable codicia y el desmesurado afán de dominio del capitalismo de los Estados Unidos.»

El desastre de Cavite

Ese mismo 1.º de mayo los vestigios del Imperio hispano de otros tiempos van a re-



Embarque en Barcelona de voluntarios para Cuba (por R. Prado)

cibir durísimo golpe en la bahía de Manila. ¿Qué ocurre en aguas de la capital colonial española de Extremo Oriente? Pues que ni la artillería de costa ni las líneas de torpedos pudieron impedir la penetración de la escuadra de Dewey, que desde el amanecer de aquel día atacó a la de Montojo, con la tran-



Pascual Cervera

quilidad de quien tiene superior potencia de fuego, cañones de más largo alcance y una protección acorazada de que carece el adversario. No es de extrañar que a las cuatro horas de combate quedase deshecha la flota española del Pacífico; en el arsenal de Cavite fue izada la bandera blanca. Dewey no bombardeó Manila, pero esta ciudad quedó asediada desde Cavite por fuerzas de desembarco americanas y, desde el interior por 10.000 tagalos de las fuerzas de Aguinaldo. Sin embargo, Manila no se rendiría hasta el 14 de agosto, dos días después de firmado el armisticio general.

Increíblemente la opinión metropolitana siguió confiada tras el desastre de Cavite y hasta se ilusionaba con la idea de que llegase a Filipinas la llamada escuadra de reserva (dos navíos de guerra y los demás mercantes que habían sido artillados), que no pasó del canal de Suez, al no dejársele carbonear allí. El Gobierno, por todo reflejo, declaró el estado de guerra; eso sí, hubo crisis parcial saldada por la salida de Gullón (Estado), Moret (Ultramar) y Bermejo (Marina) reemplazados respectivamente por el duque de Almodóvar del Río (tras haber rechazado la cartera el embajador en París, León y Castilla), Romero Girón y el contralmirante Auñón.

Cervera y sus barcos, tras un viaje lleno de complicaciones, fondearon en Santiago de Cuba en la mañana del 19 de mayo. Esta arribada y el hecho de haber burlado a la



Joaquín Vara del Rey



Patricio Montojo



Ramón de Auñón

escuadra americana, despertaron entusiasmo en España. Pero la verdad era que, casi sin carbón, la escuadra se encontraba allí paralizada. Se había decidido intentar salir hacia Puerto Rico, única posibilidad de abastecerse de carbón. El 26 de mayo, cuando ya iban a salir, se advirtió la presencia de buques enemigos; además, por el estado del mar el *Cristóbal Colón* no podía salir. La junta de comandantes se dividió y Cervera aceptó el criterio de la mayoría (contra el de Bustamante, jefe del E. M., y Concas, que mandaba el *Infanta María Teresa*): la flota se quedaba en Santiago.

La hecatombe

Sabido es que en la guerra terrestre las fuerzas cubanas llevaban ventaja en Oriente y Las Villas, mientras los españoles dominaban en La Habana, Matanzas, etc. Santiago se encontraba, pues, en situación delicada. Y no ciertamente por la intervención norteamericana, ya que las fuerzas terrestres de Estados Unidos destinadas a Cuba y mandadas por el general Shaffer seguían desde el mes de abril concentradas en Tampa, sin decidirse a desembarcar. Unos comandos desembarcados en la zona de Caimanera estaban prácticamente sitiados. Por otra parte, les fue preciso (aunque esto no agradaba mucho al mando americano) ponerse de acuerdo con Calixto García, que mandaba todas las fuerzas cubanas en Oriente. Y sólo la llegada de la flota de Cervera a Santiago aceleró el desembarco en el campo opuesto.

Tuvo, por fin, lugar entre el 24 y el 26 de junio, en Daiquiri, al este de Santiago. El cuerpo de ejército de desembarco estaba formado por 14.564 soldados, 775 oficiales, 16 cañones ligeros y algunas piezas más de artillería.

Blanco (capitán general de Cuba) y Cervera no eran del mismo criterio: Blanco quería que la escuadra saliese «para salvar el honor», aunque hubiese una hecatombe. Cervera no quería sacrificar en vano a sus hombres. Tras el desembarco norteamericano, no había muchas esperanzas de que Santiago resistiese por tierra. Blanco, apoyado por los «ultras» del Congreso y de la calle, quería la salida a toda costa; Cervera prefería destruir la escuadra, si Santiago caía, pero no «perderla sacrificando a la vanidad la mayor parte de mi gente».

En Madrid, Romero Robledo, máxima expresión parlamentaria del colonialismo, intervino en el Congreso de manera provocativa el 23 de junio. «¿Por qué no sale la escuadra?... ¿Es que los barcos van a estar en la bahía con las máquinas apagadas para que sea arriada la bandera española como en Cavite?» Y Romero Robledo concluía que «las escuadras son para combatir» y que si Cervera no lo hacía había que relevarle. No es ocioso saber que quien tan belicoso se sentía desde su escaño de la Carrera de San Jerónimo era, por casamiento con la hija de Zulueta y Samá (hecho marqués de Alava en 1875), dueño del ingenio «Alava», uno de los mayores de Cuba y de otras propiedades.

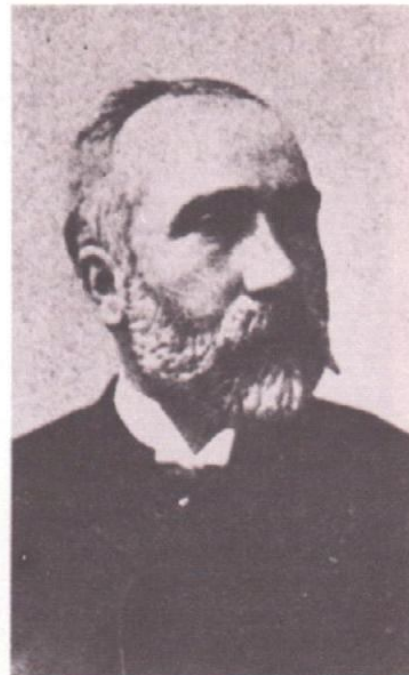
Los combates por tierra se intensificaron



Marqués de Comillas



Vicente Romero Girón



Marqués de Urquijo

desde el 27 de junio. El 1.º de julio las fuerzas norteamericanas, muy superiores en número, se lanzaron sobre el fuerte de El Caney, defendido por 600 hombres, que resistieron todo el día; cuando los americanos lo ocuparon habían caído 235 españoles, entre ellos su jefe, general Vara del Rey.

El otro ataque norteamericano, contra la loma de San Juan, movilizó 3.000 hombres contra 250 españoles que sucumbieron al final de la jornada. El 2 de julio, las fuerzas de Shafter, por el sector del este, y las de Calixto García (con quien ya había conectado Máximo Gómez desde Las Villas, siendo así dueños de gran parte del terreno), por el opuesto, tenían completamente cercado a Santiago. Blanco, que había obtenido del Gobierno el mando total mientras la escuadra estuviera en puerto, ordenó a Cervera en tres telegramas consecutivos y *muy urgentes* (de La Habana a Santiago) que reembarcase las dotaciones que tenía combatiendo en tierra y que *la escuadra saliese inmediatamente*. Eran las cinco de la mañana del 2 de julio. Reunióse la junta de comandantes, a la que Cervera comunicó que ya no cabía más que obedecer. Se decidió salir con luz del día; a las cuatro de la tarde, si todos los hombres estaban ya reembarcados; a las nueve de la mañana del día siguiente, en caso contrario.

Y así fue; a las nueve de la mañana del 3 de julio de 1898, la escuadra de Cervera, la única que virtualmente quedaba de lo que había sido flota imperial y nunca se había repuesto del desastre de Trafalgar (1805), salía en línea de combate entre el Morro y la

Socapa. El *Infanta María Teresa* llevaba la insignia del almirante y pasó delante de los otros ocho cruceros y enfiló hacia el mar libre.

Y ocurrió lo que Cervera había previsto; la desproporción de fuerzas era inmensa. Tomemos de *Blanco y Negro*:

«Quince minutos duró el combate, y ese tiempo bastó para que nuestros cruceros de guerra quedaran en el estado de que puede formarse idea el lector por los grabados adjuntos. Asestados contra nuestros barcos las más formidables máquinas de guerra, estallando sobre ellos explosivos de horrible fuerza destructora, inferiores en número nuestras naves, y mucho más inferiores todavía sus medios de acción...»

Y terminaba así: «Fatal y necesario fue éste (el desastre): no intentemos buscar víctimas propiciatorias y mucho menos elegir las entre las clases que por deber honroso aceptaron y sufrieron la parte más cruenta del desastre.»

(No habían escrito nada de eso ni esa revista ni la inmensa mayoría de la prensa durante todo el año. Al contrario, habían contribuido a crear una psicosis triunfalista y absurda. Como había comentado *El Socialista*, «con llamar cerdos a los yanquis y tocar la marcha de Cádiz teníamos bastante»).

«Hemos perdido todo»

De la prensa francesa de aquellos días entresacamos: «Pronto comprobaron los comandantes de los navíos españoles la impo-

sibilidad de escapar. Entonces, obedeciendo a una consigna previa, enfilaron hacia los escollos de la orilla para hundir ellos mismos sus navíos.»

En efecto: fuera de combate el *María Teresa* (mandado por el mismo Cervera, al caer herido Concas, su comandante), en llamas el *Oquendo*, hundido el destructor *Furor*, los restantes fueron embarracados por orden de sus respectivos jefes.

Cuando amaneció el 4 de julio ya no había una flota que intentase mantener los restos del Imperio de antaño. Además de los barcos, de 2.227 hombres que componían la dotación habían muerto 323, se contaban 151 heridos y unos 1.700 prisioneros, entre ellos 93 oficiales y sirvientes de piezas. Cervera, que sólo abandonó el *María Teresa* cuando ardía por todas partes, consiguió llegar a nado a la playa. Allí fue hecho prisionero con 600 de sus hombres y conducido al yate armado *Gloucester*, empapado, descalzo y en harapos; los marinos norteamericanos le recibieron con todos los honores.

Aquella mañana del 4 de julio, Cervera firmaba su célebre telegrama dando cuenta del combate, dirigido al general Blanco, que empezaba así:

«En cumplimiento de las órdenes de V. E., con la evidencia de lo que había de suceder y tantas veces había anunciado, salí de Santiago de Cuba, etc., etc...» y terminaba así: «*Hemos perdido todo.*»

Ciertamente, aún se combatía por tierra, pero sin la menor esperanza. Asombra leer los telegramas del general Blanco al ministro de la Guerra, pidiendo «seguir la guerra por el honor de las armas» y diciendo que hablaba así en nombre de todos los generales. Sólo un Romero Robledo sostenía en Madrid tamaño desatino. Porque, además, Santiago era indefendible; las columnas que desde La Habana decían haberles enviado, nunca pudieron llegar (salvo la de Escario, llegada antes, con 3.000 hombres). Nadie simpatizaba ya con los españoles, y no hubo más que negociar la rendición; todavía el 11 y 12 de julio los cañones de la escuadra de Sampson tiraron sobre la ciudad. El día 16 los generales Toral y Wheeler firmaban por ambas partes la capitulación. Los norteamericanos no quisieron contar para nada con los jefes y tropa cubanos, hasta el punto de que no les dejaron entrar con ellos en Santiago el 17 de julio, y no les permitieron administrar la ciudad, tarea dejada provisionalmente a las mismas autoridades que había. Todo esto motivó una dura carta de protesta del general Calixto García a Shafter.

Uno tras otro, los últimos torreones del viejo castillo imperial se desplomaban sin remedio. El 25 de julio desembarcaron los

norteamericanos en la isla de Puerto Rico. Nunca más se irían de ella.

El desenlace se acercaba. Francia aceptó cumplir oficios de mediador y su ministro Jules Cambon, presentaba a McKinley, el 26 de julio, la proposición de armisticio. Este se firmó, en condiciones muy duras para España, el 12 de agosto de 1898. Cuatro meses más tarde, el Tratado de París debía confirmar la pérdida total de las colonias españolas en las Antillas y en el Pacífico. En menos de un año había desaparecido hasta el último islote del imperio ultramarino. Se habían hundido las flotas de guerra, se habían hundido las finanzas y la moneda, pero sobre todo se habían hundido las ilusiones de antaño, los valores caducos, los lemas «justificadores» de una oligarquía vuelta hacia el pasado.

Quedaba la triste realidad. Y, una vez más, tomamos por testigo a *Blanco y Negro*, la habitualmente conformista revista de los Luca de Tena, al comentar un reportaje gráfico de los repatriados:

«... este triste amontonamiento de héroes que infructuosamente marchitaron su juventud por la patria, evoca en el alma amargas y melancólicas meditaciones. Quizás muchos de los que en las adjuntas fotografías aparecen mirando el objetivo de la máquina hayan sucumbido a las graves dolencias que los postran en el duro camastro del hospital o les dan el aspecto valetudinario y achacoso que traen la mayoría de los repatriados.» (10 de septiembre de 1898).

Otro tono, más imprecatorio, es el del joven diputado Vicente Blasco Ibáñez en la sesión de Cortes del 5 de septiembre:

«¡Ah, señores ministros! ¡Bien se conoce que la carne del pobre es barata, y os importa poco que mueran esos soldados!»

Si hubierais cumplido la promesa de establecer el servicio obligatorio, de otra manera hubieran venido los repatriados y se les hubiera dado alojamiento y asistencia.» (Diario de Sesiones: 6-9-98).

Enfermos, maltrechos y sin trabajo se encontraron los repatriados. Deprimidos, los jefes y oficiales llevados a una guerra absurda y desigual. Sólo continuaron impertérritos los hombres de «los partidos de turno», el personal político del bloque oligárquico de la Restauración, al que, con harta razón, Joaquín Costa hiciera responsable de todas las catástrofes, situando las responsabilidades mucho más allá de las anecdóticas de un almirante o un ministro.

Y entonces, cuando esa oligarquía no tuvo ya el recurso ideológico de un residuo «imperial», empiezan a abrirse las fisuras en ese bloque, empieza a gestarse lo que será la crisis de la sociedad española del siglo XX.

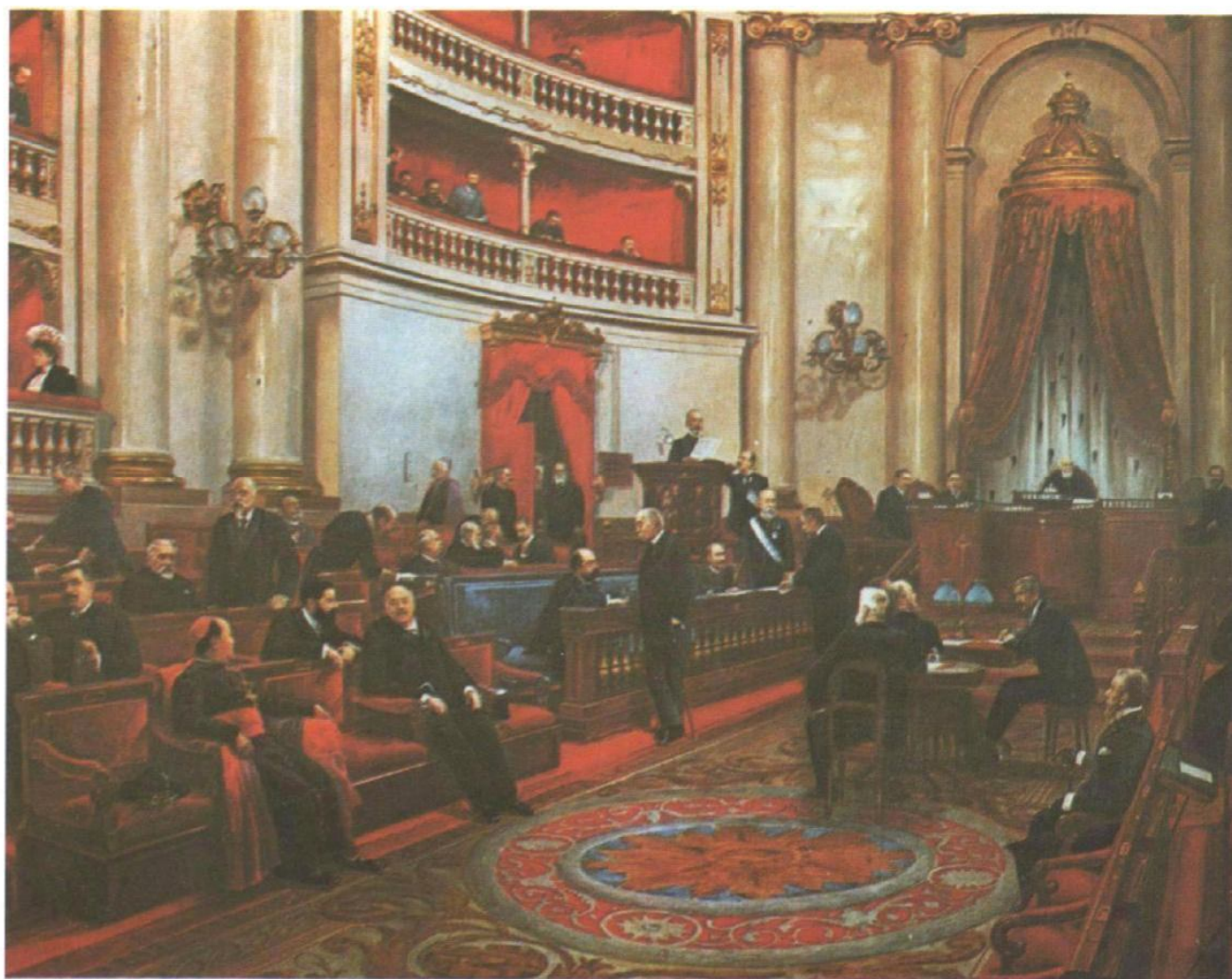


Imagen del Salón de Sesiones del Senado hacia el año 1900 (por A. Mañanos Martínez)

Regeneracionismo y crisis del 98

Por José Andrés Gallego

Catedrático de Historia Contemporánea. Universidad Nacional a Distancia

L A crisis española de 1898 constituye un tema mítico en la historia contemporánea del país. En esa situación finisecular se viene suponiendo el comienzo de la atormentada singladura del siglo XX. Pero la verdad es que tal imagen va estando en desacuerdo con las investigaciones que se han realizado en los últimos años.

Dejando a un lado el problema colonial y el desastre en sí, se nos presenta el 98, por una parte, como un instante de hundimiento de la conciencia nacional. Y se nos presenta, por otra, en lo que atañe a sus consecuencias, como el punto de partida en la disolución del sistema político de la Restauración alfonsina y —todavía más— como el arranque del proceso que lleva a demostrar que es imposible la convivencia de todos los españoles. Así, en 1898 se hallaría en germen no sólo la anormalidad que implica el golpe de Estado de Primo de Rivera en 1923, sino también la guerra de 1936.

Es sin lugar a dudas cierto que aquellos vientos trajeron estas tempestades. Pero, ¿fue irreversible ese proceso? En 1898, ¿se ha perdido ya la esperanza y —lo que es más importante— la posibilidad de resolver los problemas?

La respuesta requiere el análisis que se ha hecho en otros lugares; por lo pronto sobre la crisis del sistema político, primera realidad innegablemente debilitada al terminar la centuria. Debilitada, no porque la Restauración contenga un bipartidismo que sistemáticamente supla la opinión real por el amaño de las elecciones, sino porque, además, ese bipartidismo se sume en una crisis interna.

Son dos cosas distintas. Una es que el régimen falsee la expresión de lo que podría ser el deseo de los españoles a la hora de ser representados en las Cortes, en las Diputaciones y en los Ayuntamientos. Y otra, que los equipos de Gobierno no lo hagan bien ni sean capaces siquiera de subsistir como tales. Lo primero, el amaño electoral, no es un invento de la Restauración, que se limita a conservar la herencia de toda la historia parlamentaria del país (que es, de otra parte, la de los más de los Estados liberales de Occidente). La protesta española contra ese amaño se repite ya con reiteración en los años ochenta del siglo XIX. Se halla presente en los documentos más relevantes de los proteccionistas que se enfrentan en esa década a la política económica (y a casi todo lo demás) de los Gobiernos de Madrid.

La otra cuestión (la crisis de los partidos que realizan y disfrutan ese falseamiento), es posterior. Tan tardía en el siglo XIX que resulta sorprendente comprobar que alguna —al menos una— denuncia de esa crisis es casi simultánea a los meros atisbos iniciales de la que va a suceder en los años noventa. Me refiero a los escritos de Antonio María de Cascajares y, sobre todo, al memorándum que eleva a la regente en 1891, amparado en el reconocimiento social que le otorga su dignidad eclesiástica.

No hay que magnificar este documento ni convertirlo, por tanto, en un dictamen de excepcional importancia. Esa curiosa antelación suya para predecir lo que en efecto ocurrirá no se ve justificada —en lo que sabemos— por la situación de España en aquel entonces. Cascajares afirma que el sistema está en crisis cuando el sistema acaba de llegar a su cénit. Probablemente hay algo o mucho de casualidad en su acierto, sin negarle por ello agudeza. Pero su análisis del «estado actual de los partidos en España» va a ser válido en pocos meses.

Califica ese estado de «crítico y premonitorio de una descomposición inevitable». Los argumentos que utiliza, reelaborados aquí con lo que la investigación ha dicho de todo ello, podrían resumirse de esta manera:

La crisis del Partido Liberal Conservador

Respecto del Partido Liberal Conservador, en 1891 aparece ya convertido en una orga-

nización para el disfrute del presupuesto entre sus miembros, como finalidad específica fundamental. Los motivos por los que ha llegado a ser tan sólo eso son, por lo menos, cuatro, conforme a aquel dictamen: la oposición de la derecha, el creciente prestigio del centro izquierda, la incapacidad para la gestión económica y la existencia de tensiones internas.

En relación con la oposición derechista, había cristalizado en su día en torno a la tolerancia de cultos no católicos que introdujo el artículo 11 de la Constitución de 1876. Tuvo, por ello, permanentemente movilizados frente a Cánovas a carlistas, integristas y epígonos del Partido Moderado.

Por lo que atañe a la oposición legal de izquierda, el Partido Liberal-Fusionista había sido suscitado por el mismo Cánovas para encauzar la oposición legal. Pero el acierto y también la moderación de su jefe, Sagasta, durante sus dos primeros períodos de Gobierno (1881-1883 y 1885-1890) le rodeó de un prestigio que consiguió hacer cierta sombra al estadista conservador.

En tercer lugar, en 1891, el país se hallaba sumido en una cierta psicosis de desastre económico. La agricultura sufría por entonces las consecuencias de competencias insostenibles (la de los alcoholes artificiales frente a la viticultura; la del trigo foráneo contra el español). Y sobre esa situación, que ya se venía considerando crítica, incidió el giro proteccionista de la política económica francesa, sin que el conservatismo pudiera ofrecer una solución eficaz.

Por último, había desacuerdos personales, internos, que harían quiebra muy pronto, durante el propio año 1891. El más importante de ellos es el que separaba el estilo y el entorno de Silvela, hombre dotado de evidente elegancia y de un impreciso afán purificador, del estilo y los amigos de Romero Robledo, quien encarnaba todos los intereses creados de los españoles en las Antillas y era el mejor especialista en *hacer* elecciones. En 1890 se había promulgado el sufragio universal; Cánovas necesitaba justamente un especialista en esos saberes y no pudo dudar entre los dos. Silvela abandonó el partido.

La crisis del Partido Liberal-Fusionista

Respecto al Partido Liberal-Fusionista, en 1891 se ve en peligro por dos razones: también las quiebras interiores y, además, el agotamiento de su programa.

Sobre el primer extremo, hoy nos recuerda Varela Ortega que el partido era la resultante de una suma de fracciones que, durante toda su historia, permanecieron en continua tensión por el afán de figurar en los cuadros de

gobierno y disfrutar también, por tanto, de los beneficios presupuestarios. De hecho, y en relación inconsciente con ello, el memorándum de Cascajares habla de enfrentamientos internos por el exrepublicanismo de los unos y la lealtad monárquica de los otros; por el proteccionismo de los gamacistas y el librecambismo de los hombres de Moret; por el autonomismo que los primeros quisieron para Ultramar y rechazaron los otros.

Sobre esta debilidad constitutiva cae el resquebrajamiento programático. Desde 1890 no hay programa. El partido se ha ido formando precisamente porque Sagasta acepta las condiciones de los diversos grupos que, en la mayoría de los casos, apuntan en el mismo sentido: ya que no la reimposición de la Constitución democrática de 1869, por lo menos la interpretación plenamente liberal de la Constitución doctrinaria de 1876. Hasta 1890, por tanto, Sagasta sabe lo que tiene que hacer y el partido conoce bien el camino. En sus dos períodos de mando, entre 1881 y 1883 y entre 1885 y 1890, establece de hecho o de derecho la total libertad de cátedra, de imprenta, de expresión; la plena libertad de asociación con la ley de 1887; una institución que representa simbólicamente la democratización del poder judicial —el juicio por jurados—. Y el sufragio universal.

Mil ochocientos noventa es, por ello, un momento a la vez brillante y difícil. Sagasta ha conseguido y Cánovas ha aceptado que la española llegue a convertirse en una monarquía popular, liberal, democrática, incluso con un cierto sabor republicano, que la da la visible satisfacción con que Castelar dice preferir una monarquía de esa naturaleza antes que una república anárquica. Pero, justamente porque lo ha hecho todo, el partido no tiene ya nada que hacer.

Había entonces dos grandes problemas que pudieron constituir las dos nuevas fórmulas programáticas del fusionismo: el saneamiento económico y Ultramar. Fuese o no por la iniciativa de Castelar, Sagasta echó a andar por el primer camino, con el llamado «presupuesto de la paz» para 1893-1894, que encarnara Gamazo en el Ministerio de Hacienda. Pero la breve guerra de Melilla del año 1893 no sólo impidió el cumplimiento inmediato de esos proyectos hacendísticos, sino que llevó a la política española una euforia nacionalista y beligerante que no permitía insistir en esa dirección. El fusionismo no fue capaz de remontar el obstáculo.

Respecto a la segunda fórmula, el rescoldo autonomista se ve atizado entonces en Cuba por determinados sectores estadounidenses, que ven en las Antillas la primera cabeza de puente para el imperialismo norteamericano. Desde el Ministerio de Ultra-

Segismundo Moret



La familia real pasa revista a las tropas que parten hacia Cuba

Francisco Silvela



mar, otro gamacista, Antonio Maura, afronta la cuestión con los proyectos autonomistas de 1893. Pero se oponen a ellos no sólo los conservadores, sino elementos del propio fusionismo, en el que prevalecen intereses económicos personales. Los proyectos, Maura y Gamazo —los tres— acabarán por abandonar el Gobierno que preside Sagasta. En 1895 estalla la guerra. En 1897, Sagasta se apresura a otorgar a Cuba la autonomía que negó cuatro años antes. Pero ya es tarde. En 1898, España pierde Cuba y todo lo demás.

El desastre

Pabón insistía hace años en que esta humillación internacional de España en los días finales del siglo XIX no es una realidad aislada. El 98, como desastre, es un «acontecimiento internacional». Coinciden entonces la derrota de China ante el Japón, en 1894; la detención de Francia en Indochina, al acordar en 1896 con el Gobierno británico la conversión de Siam en Estado tapón entre las respectivas posesiones; en el mismo año 1898, la relegación de la propia Francia ante la misma Inglaterra en el dominio del África central —tras la crisis de Fachoda—, la pasajera humillación de Japón ante Rusia al cederle Port-Arthur, la imposición de la independencia de Creta a Turquía y la victoria de los Estados Unidos sobre España, entre otros sucesos.

Pero esta realidad internacional del desastre comienza ya a reducirlo a su verdadera dimensión, paradójicamente más limitada en lo que atañe a España. El desastre del 98 es mucho más y mucho menos que la denuncia de la ineptitud de los gobernantes y de los militares españoles. Se trata de un hito importante en un fenómeno de envergadura mayor: el de la relegación de los antiguos imperios ultramarinos —España y Portugal al frente— ante los nuevos colosos imperialistas.

Es importante subrayar (porque las síntesis de historia de España lo olvidan con frecuencia) que lo que nos vence en 1898 no es una insurrección separatista en Cuba y otra en las Filipinas. En 1897, ambas se hallaban virtualmente vencidas. Durante el año anterior, el Gabinete Cánovas había optado por una política de acción militar decidida, que quedó simbolizada por la sustitución de generales pacifistas (Martínez Campos, en Cuba; Blanco, en las Filipinas) por generales beligerantes (Weyler y Polavieja, respectivamente). En el invierno de 1896-1897, Polavieja había terminado casi con la insurrección en Extremo Oriente; su sucesor llegaría incluso a la paz de Biacna-Bató. Y en el de otoño de 1897, Weyler

había acabado con los focos más activos del independentismo cubano.

Lo que tuerce la suerte de España en Ultramar (al margen de que su presencia allí fuera acertada y justa o no) es la elección presidencial estadounidense de 1896, que lleva al poder al republicano McKinley y, con él, los afanes imperialistas sopesados de antiguo. En el propio otoño de 1897, la diplomacia norteamericana esboza ya la voluntad de intervenir. En 1898 interviene y vence.

Este es uno de los motivos para desechar la vieja y simplificadora idea de que España se ve sorprendida en 1898 por el desastre y que se desanima o reacciona, según los casos, ante él. En 1898, todos o casi todos los políticos y los técnicos sabían que España tenía que ser vencida por el formidable potencial norteamericano. Y todos o casi todos apuntaron desde el comienzo hacia los defectos de base que, entre otras cosas, habían conducido a la derrota. El error de visión de los políticos estuvo acaso en creer que la derrota era mejor que la rendición sin batalla; porque el país podía soportar el fracaso, pero no la cobardía. La verdad es que no está del todo claro que los aires nacionalistas soplaran con la fuerza que los gobernantes temían. El famoso artículo *Sin pulso*, que Silvela publica en agosto de 1898, confiesa, en el fondo, la sorpresa que suscita precisamente la pasividad de los españoles. Es más que probable que los españoles quisieran paz por encima de todas las cosas. Y, si es así, la resonancia, el gasto y la sangre del desastre fueron la última equivocación del Partido Liberal-Fusionista y de cuantos le apoyaron o permanecieron en silencio.

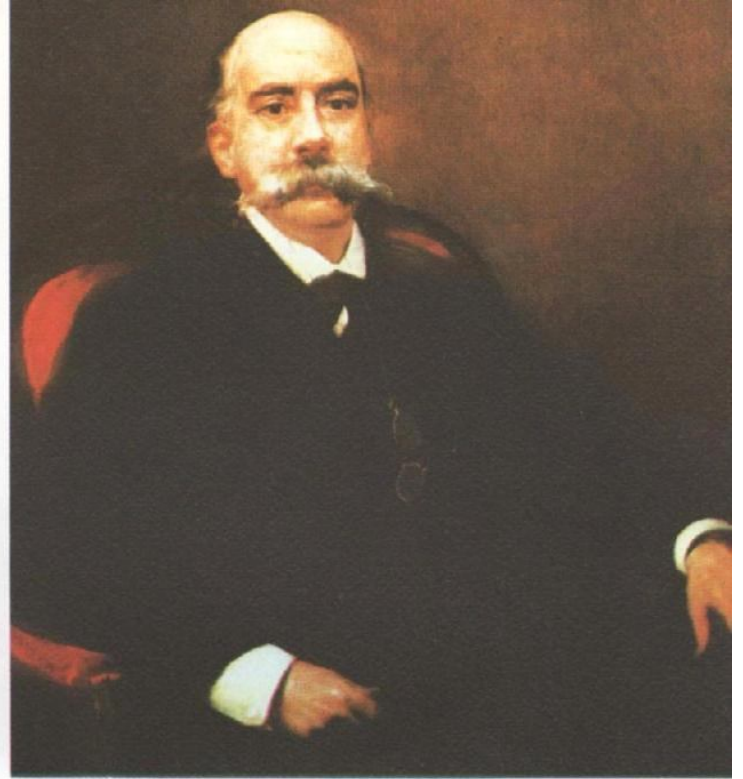
El regeneracionismo

Pero, por la misma razón, había y hubo soluciones. Cuando nuestros políticos y las fuerzas vivas finiseculares en general buscan la posibilidad de dictaminar sobre las causas del 98, están haciendo a la vez una profesión de fe en que el cambio es posible.

Estamos ante el regeneracionismo, el movimiento de opinión que, al término de la centuria, propone soluciones para la regeneración de España. Se trata de un movimiento de grupos e individuos relacionados por un fondo común: la convicción de que el sistema político ha fracasado, pero también la de que ese sistema no ha agotado las posibilidades de España, sencillamente porque era un mecanismo de minorías, que había dejado al margen lo que entonces dan en denominar las «clases neutras» del país. Es, por lo mismo, un movimiento positivo. Porque el país puede, debe de contar con esos sectores marginales e inyectar con ellos savia nueva en el organismo de la Administración.



Cánovas del Castillo



Emilio Castelar

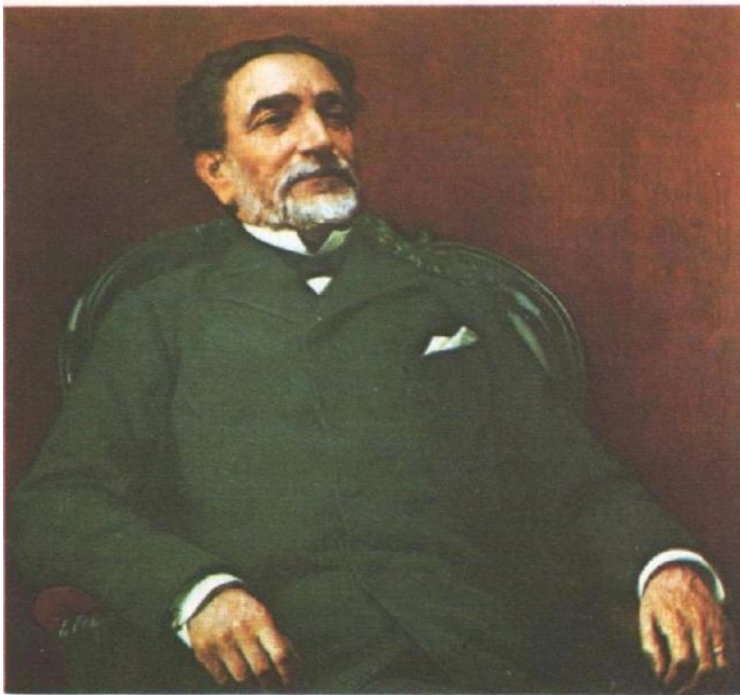


*María
Cristina,
reina regente*

*Práxedes Mateo
Sagasta*



Uniformes de la Marina española a finales del siglo XIX



Joaquín Costa

No son las suyas actitudes dictatoriales. Sin más excepción que la peculiar del tradicionalismo y las apelaciones de este tenor de algunos elementos catalanes —no siempre catalanistas— y de algunos grupos confesionales, hablan siempre de sanear el sufragio universal; de terminar con el caciquismo; de apelar a la buena y verdadera conciencia de los españoles.

Respecto al momento en que estos planteamientos se formulan se ha hablado de que el período de críticas acerbas se inicia con la muerte de Cánovas y el relevo de Weyler como capitán general de Cuba, en el otoño y el invierno de 1897. Y se ha hablado también, más en concreto, de esa fase de espera que corre desde el fin de la guerra hispanoamericana, en agosto de 1898, hasta la firma de la paz definitiva, en diciembre: cuatro meses en los que no se sabe qué va a pasar exactamente con Cuba y las Filipinas.

En realidad, hay documentos anteriores que llevan ya la impronta crítica de la llamada literatura del desastre y que, de un modo u otro, aportan soluciones. Los hay en el *Acta de Loredán*, carlista, que, en enero de 1897, describe la monarquía tradicional con rasgos tan nuevos como ucrónicos. Los hay, sin duda, en el manifiesto fundacional de la Unión Conservadora, justo un año después, cuando, tras la muerte de Cánovas, Silvela regresa al Partido Conservador como jefe, con su programa regeneracionista. Pero es cierto que la mayoría de las fórmulas regeneradoras se vierten entre septiembre y noviembre de 1898. Son, por orden cronológico, el manifiesto del general Polavieja y su carta de concesiones al regionalismo, ambas de septiembre y, en noviembre, los manifiestos de la *Unió Catalanista*, del integrismo, de la Cámara Agrícola del Alto Aragón —es decir: Costa— y de la Asamblea de Zaragoza de las Cámaras de Comercio.

No es cuestión de repetir aquí lo que otras veces se ha dicho acerca de cada uno de estos documentos. Sí recordaré que basta revisar esos nombres para comprobar la ausencia de la izquierda. Apenas hay espíritu antidemocrático en el regeneracionismo de 1900. Pero es un movimiento que bascula entre la derecha y las posiciones de centro. Esto ha contribuido a que las dictaduras españolas del siglo XX (la de Primo de Rivera y la de Franco) se hayan presentado como las herederas de los programas y del estilo regenerador. Los dos militares habrían sido el «cirujano de hierro» que Costa pide para España al terminar el siglo XIX. Y Tierno Galván acepta esta interpretación al afirmar que el regeneracionismo y Costa conforman las bases programáticas de toda la derecha española del siglo XX.

Esto es así, pero no es todo. Costa y los

demás no piensan en dictadores cuando pronuncian esas frases, sino en hombres firmes que ejerzan, sí, la autoridad sin contemplaciones, pero porque los españoles lo desean y los apoyan con sus votos. Si la izquierda no está presente en el 98 es porque carece de la organización y el respaldo popular indispensable. En lo que se sabe, el anarquismo de los años noventa no ofrece más alternativas que el terrorismo y los restos del Pacto de Unión y Solidaridad (resto, a su vez, de los últimos restos de la I Internacional), cuyo carácter local no permitía una acción coordinada de envergadura. El socialismo, por su parte, receló de los regeneradores por burgueses y tampoco tenía fuerza para respaldar ni mucho menos provocar un movimiento de opinión. Los republicanos, en fin, cuando estalló la guerra de Cuba en 1895, se hallaban divididos en tres partidos, que eran cinco al año siguiente, contando sólo los importantes.

La izquierda no pudo figurar en el regeneracionismo. Pero recogió la herencia como los demás. Bastará recordar el entronque de los nuevos partidos republicanos de los años veinte de nuestra centuria con el pensamiento y la acción de Ortega y Gasset y el parentesco intelectual entre éste y Costa. La izquierda también halla en aquel movimiento los principios fundamentales de su proyecto de reforma de la vida española.

Estamos, en suma, ante una voluntad de mejora que afecta a todo y que gana a todos. De ahí su importancia.

La España de 1900

Si la crisis de 1898 tuvo soluciones, ¿por qué dio paso a la crisis general posterior? España llegaba a 1900 surcada de heridas y reducida a lo que, desde siglos atrás, no había sido: la Península —incompleta—, además de los archipiélagos. Con una economía de maneras atávicas, una Hacienda abrumada y una sociedad que ni siquiera terminaba de decidirse a protestar por ello.

El Tratado de Washington, que puso fin a la guerra con los Estados Unidos, había supuesto la pérdida de Cuba, Puerto Rico, la isla de Guam —en las Marianas— y la mayor parte de las Filipinas. Al año siguiente, 1899, con más realismo, el Gobierno español vendió a Alemania los archipiélagos de las Marianas restantes, las Carolinas y las Palaos. Y, en 1900, enajenó a los Estados Unidos las islas Filipinas que habían escapado al Tratado de 1898: Sibutú y Cagayán de Joló.

Como ha señalado con acierto Jover, el viejo imperio colonial queda convertido en una más de las potencias euroafricanas, aunque algunos de sus enclaves en el con-

tinente negro fueran seculares e incluso estuvieran ligados a los planteamientos pre-americanistas. Le restaban a España, en el Mediterráneo, las islas Chafarinas, Melilla, Ceuta, el peñón de Alhucemas y el de Vélez de la Gomera, y, en el Atlántico, Santa Cruz de Mar Pequeña y Río de Oro, las islas de Fernando Poo y Annobón, Corisco, los dos Elobey y Río Muni. Cuando uno de los más fogosos africanistas (Joaquín Costa) ya había dado en renunciar a cualquier emblema de colonización, la Península volvía a mirar por fuerza hacia Africa.

Seguía siendo el nuestro un país agrícola. Los investigadores de la economía española han tenido que estudiar, por razones obvias, el proceso industrializador del siglo XIX. Pero nadie puede pensar que se trata de un proceso semejante al del siglo XX. En 1900, España sigue exportando, sobre todo, materias primas. Más de la tercera parte de sus ventas al exterior son minerales; la sexta, productos vitícolas y cantidades menores de fruta, aceite y derivados de la ganadería. Poco más del 10 por 100 procede del sector manufacturero.

Es cierto que las comunicaciones no eran buenas. Pero Costa podía permitirse aconsejar que se mejorasen menos carreteras generales, porque el tráfico ni siquiera necesitaba tanto. También es cierto que se había formado una presuntuosa industria siderúrgica en Vizcaya. Pero su capacidad de elaboración era tan limitada que resultaba completamente insuficiente para la demanda interior. En la gran mayoría de las provincias no había sino una sombra de industria. Y las relaciones de geógrafos y viajeros, sobre lo que se encuentra en cada ciudad, siguen dejando el sabor a artesanía y a empresa familiar de otros tiempos.

La Hacienda estaba mal. En 1895, la deuda Pública contraída por los Gobiernos para cubrir los déficit presupuestarios había alcanzado ya cotas muy elevadas. Escribió el propio Costa que, al principio de la década de los noventa, «nos decía a los españoles Leroy-Beaulieu, en sus estudios sobre las "haciendas averiadas", que necesitábamos una reacción pronta y una energía suprema para dar tajos sin piedad en el presupuesto de gastos [...] si queríamos evitar la insolvencia y la bancarrota [...]. Por el mismo tiempo [...], Montero Ríos "consideraba urgente" lo mismo. Y Cánovas prometía economías "hasta la crueldad" [...]. Sagasta juzgaba que no era ya bastante la simple nivelación de los presupuestos, que había que obtener un superavit de 100 millones con objeto de dar un gran impulso a las obras públicas"; y [...] Salmerón ponía en alarma al mundo político haciendo notar que "la situación de la Hacienda no representaba un mero contratiempo financiero,



Valeriano Weyler



Escuadrón de Caballería española en Cuba

Camilo Polavieja



ni una crisis más o menos circunstancial: era el Estado todo que se venía al suelo".»

No era esto nada, sin embargo, con lo que, antes de que se pusiera remedio a tal situación, implicaron las guerras de Ultramar de 1895-1898. Según el mismo dictamen —sin duda más gráfico que riguroso— supusieron cerca de 4.000 millones de coste en pesetas, sin contar los otros «2.000 ó 3.000 millones [...] que habría podido producir la cesión de las Antillas y de las Filipinas» ni «el capital de 1.000 millones [...] que representan los hombres perdidos en las tres guerras (las de Cuba, Filipinas y Norteamérica), al tipo en que gradúan los colonialistas el valor económico de los inmigrantes en Argelia y en Estados Unidos». «Cuando en 1888-1894 se emprendió por liberales y conservadores la política de nivelación, habrían bastado menos de 100 millones de economías; [...] faltó valor para amputar un dedo, y ahora hay que amputar el brazo y todavía con el razonable temor de que no sea suficiente.»

La actitud de los españoles

La pasividad de la sociedad española ante la ineptitud de los políticos es quizá uno de los logros, como conocimiento, que está en vías de conseguir la investigación histórica. La tendencia de los historiadores de la política a reducir el pasado a las minorías de dirigentes ha llevado a una deformación importante de la propia realidad histórica. (Hablo de toda la historia política: también de la historia de la política obrera.) Se presentan como movimientos generales de opinión los que tan sólo debieron ser actitudes de minorías. Son varios ya los síntomas y numerosos los testimonios que inducen a creer que, por el contrario, en buena medida, los grandes ideales —de uno u otro cariz— resbalan sobre una sociedad que tiene mucho aún de hermética y tradicional. Las bajísimas tasas de sindicación de los obreros en las asociaciones profesionales y los altísimos porcentajes de abstención en las elecciones no son sino las muestras más elementales.

Algunos lo advirtieron ya. Otra vez, Costa observa en 1898 que si el Gobierno no se decidió a enajenar Cuba (él dice en realidad las Antillas y Filipinas) antes de ir a la guerra con los Estados Unidos fue «a causa de no habernos sido conocida a tiempo la psicología nacional». Se temía poco menos que un levantamiento nacionalista si la venta llegaba a efecto. Y Sagasta prefirió ir a la guerra, a sabiendas de que la fuerza armada española era abrumadoramente menor que la estadounidense. Todo para lograr al menos una derrota con honra.

El mismo sentido parece que hay que dar a la duda del propio Costa, apenas esbozada, de si las elecciones (la abstención, el amaño, el caciquismo) son «una expresión o un resultante» del estado social, radicalmente apático. «[...] el estado político de España hace algunos años podía resumirse en esto: menos de medio millón de ciudadanos afiliados en los diversos partidos; lo demás era masa neutra. Ahora, lejos de adelantar, hemos retrocedido.»

Y lo mismo revela, como advertí en otro lugar, el famoso artículo, *Sin pulso*, de Silvela. Siempre se ha interpretado como expresión paradigmática de su pesimismo. Pero lo que en realidad expresa es, simplemente, que ha descubierto la atonía de España. Nada más. «[...] la propia pasividad que ha demostrado el país ante la guerra civil —dice—, [...] la ha acreditado para dejarse arrebatar sus hijos y perder sus tesoros.» Las consecuencias tributarias del conflicto «se han sufrido sin una queja por las clases medias, siempre las más prontas y mejor habilitadas para la resistencia y el ruido». Frente a los esfuerzos de la prensa por mover la opinión, resulta que «con visible simpatía mira gran parte del país la censura previa no porque entienda defiende el orden y la paz, sino porque le atenúa y suaviza el pasto espiritual que a diario le sirven los periódicos y los pone más en armonía con su indiferencia y flojedad de nervios.»

No suponía este dictamen —insistamos también— una confesión de desesperanza. Había una —varias, en realidad— posibilidades de regeneración. Durante el segundo semestre del 98 se habían multiplicado los proyectos de cambio, de reforma total, como vimos. El único requisito que se formulaba, esto sí, es que los llevaran a cabo hombres nuevos, que, por tanto, no fueran los políticos de oficio. Ellos habían sido quienes condujeron al país al desastre. Y no era posible creer en su capacidad para remediarlo. La afirmación se hace obsesiva en esos meses.

El fracaso de los regeneradores

Los regeneracionistas (otra cosa es el regeneracionismo) fracasan. Y sucumben como políticos por los motivos que acabo de apuntar, como explican Romero Maura y Varela Ortega en sus obras. En un país atónito, políticamente desmovilizado, ni son capaces de crear el instrumento de gobierno ni consiguen esa movilización de los españoles en la que dicen quieren basar la regeneración.

El primer requisito —la creación de instrumentos de gobierno y, en general, de actuación política— falta en todos los casos, sin

más excepción (por enésima, pero por insoslayable vez) que Joaquín Costa. En su afán de separarse, pero además de distinguirse netamente de los políticos implicados en la derrota, los regeneracionistas no se limitan a renunciar a cualquier relación con ellos, sino que van más allá: rechazan sus métodos. Repudian, en concreto, la mera posibilidad de crear un partido nuevo. Sin darse cuenta de que, en un régimen parlamentario como el que pretenden mantener, el partido político no es una pieza fácilmente sustituible. Y, aun en el caso de que lo fuera, no ofrecen alternativa: se limitan a renunciar a ello.

Vale la pena empezar por dejar claro hasta qué punto es general esta actitud en los manifiestos que se publican en 1898. «[...] no me propongo —dice— en el de septiembre al general Polavieja:

formar un partido en la acepción corriente de la palabra [...]. Nuestra empresa, demasiado grande, no puede tener como instrumento cosa tan pequeña, en realidad, como un partido a la española.»

«Para el logro de mis propósitos —insiste en su carta al arquitecto catalán Domenec Montaner, pocos días después—, no me cansaré de repetir que no quiero constituir un partido político.»

Lo mismo advierten los personajes catalanes de la Junta de Adhesiones al programa de Polavieja: «No aspiramos a crear un nuevo partido.» Todavía más: «no pretendemos proclamar jefatura alguna política», aunque se vean representados en los planes de gobierno del militar.

Costa, sí, en la consulta de la Cámara Agrícola del Alto Aragón al país, subraya la necesidad de organizarse en partido político. Pero tropezará con la oposición de Paraíso y de la mayoría de los hombres con quienes cuenta, que se niegan a ello.

En 1898, los más cercanos al poder son los polaviejistas. Y desde las esferas más significativas se les advierte su error. No quieren agruparse de ese modo, pero tampoco son capaces de inventar una manera nueva. Las pocas veces en las que intentan explicar cómo lo van a hacer, quedan en vaguedades. Polavieja habla sólo de «obtener el concurso y la activa cooperación» de los que estén dispuestos a ayudarlo «en la difícil obra de reconstruir al país». Parece pensar únicamente en una suerte de apoyo social, de personas y de asociaciones de cualquier género, que le permitan presentarse en Palacio a pedir el poder, sin necesidad del respaldo de una organización para gobernar.

Lo mismo dicen los polaviejistas de la Junta de Adhesiones: «Pretendemos únicamente que todas las fuerzas vivas de la nación se agrupen y organicen a la mayor brevedad», para que, una vez aceptada la

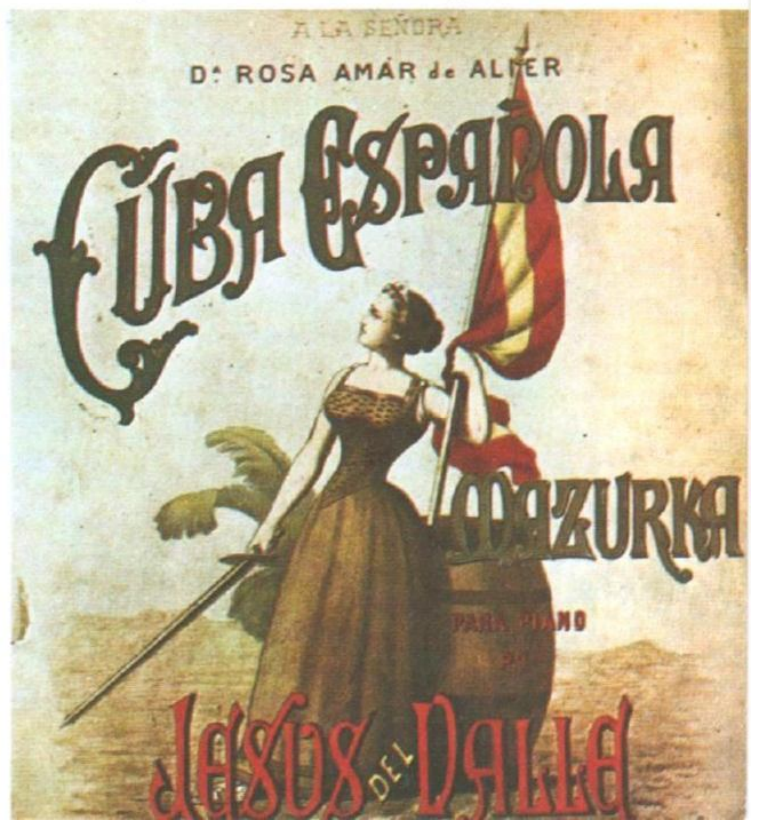


Carga de la Caballería cubana



Uniformes de la infantería de Marina española a finales del siglo XIX

Portada de la partitura de la mazorca «Cuba española»



idea de la regeneración, «la lleven al terreno de la práctica».

Pero ¿cómo?

Las advertencias

Silvela se lo advierte a Polavieja en octubre de 1898 con una claridad meridiana: «El Gobierno que ajustándose a la ley intente cambiar el rumbo de la política necesita tener a su lado un organismo proporcionado a tan difícil empresa y, hasta hoy, no se conocen más organismos para este fin que los partidos [...]. V[sted] mismo que dice que no quiere partidos, lo está [...] formando, porque eso son, y nada más que eso, las adhesiones y la lista de amigos y de diputados que procura V[usted] unir a su programa.»

Y precisamente porque el general no lo consigue, la propia reina tiene que señalar el mismo error de planteamiento cuando determinado personaje le insiste en la necesidad de cambiar las cosas. La carta de noviembre de 1898 donde esto consta es del secretario particular de María Cristina de Habsburgo. El razonamiento vuelve a caer por su propio peso:

Habla V. E. de nuevo partido, de gente nueva, poniendo de lado a Sagasta y a Silvela, como fracasado el uno e imposibilitado el otro por sus muchos y antiguos compromisos. Esta es una verdad innegable, pero ¿dónde está ese nuevo partido, esa gente nueva? Que den a conocer su existencia, que hagan ver su fuerza y yo no dudo de que una vez conocidos, si lo merecen, serán elementos con los que se ha de contar. Que es necesario un Bismarck, es indudable; pero los Bismarcks no se fabrican y si no surge de las circunstancias no se puede improvisar. V. E. conoce el programa y los buenos propósitos que animan al general Polavieja, programa simpático a la mayoría del país, pero ¿ha podido formar con él un partido de gobierno? ¿Llegará a vencer las dificultades con que tropieza? La idea de creer que con sólo tener la Gaceta se puede gobernar es peregrina, pues, ¿y el Parlamento, no hay que contar con él?

No bastaba la idea regeneradora. Hacían falta ministros, diputados, gobernadores, una organización. Eso o la dictadura.

Silvela se lo dice también al «general cristiano» —Camilo Polavieja— en aquella otra carta del otoño de 1898 que antes cité. Al Partido Liberal-Fusionista, que sigue en esos días encaramado al Gobierno, «sólo le puede reemplazar una de estas dos soluciones: o un Gobierno personal y dictatorial de V[sted] que por una serie de decretos diera satisfacción al país en lo más esencial de las reformas que pide o un Gobierno que, ajustándose a la Constitución, ponga la proa en ese mismo rumbo». La dictadura ni es viable ni es conveniente. «El Gobierno

personal y dictatorial no tiene [...] las bases para que sea práctico.» Silvela aún es más duro con el militar: «Si V. hubiera hecho la paz de Cuba, o triunfado en una insurrección militar, o tuviera V. siquiera todo el Ejército unido a su lado, podía pensarse razonablemente en eso, aunque yo siempre lo consideraría funesto [...]. Hoy no lo considero posible.»

La otra posibilidad es la que se traduce por necesidad en la formación de un partido. Y es lo que, sin embargo, Polavieja se niega a llevar a cabo.

Conclusión

No cabe duda de que los regeneracionistas del 98 fracasaron como gobernantes. No gobernaron. Polavieja fue ministro de la Guerra durante unos meses, apenas medio año. Y, de los demás, el único que hizo carrera política, con el tiempo, fue Santiago Alba, cuyo momento cenital no llega, sin embargo, hasta la segunda y tercera década del siglo XX. Ni siquiera Costa pasó de conseguir algunas oscuras ofertas para ser poder, que hubo de rechazar, por los condicionamientos que las debieron rodear, fuera por quienes lo ofrecían o por la reticencia de los propios seguidores del león de Graus a ser gobierno.

No hubo más. Como compendio programático, como incentivo, el regeneracionismo no fracasó. Ya hemos dicho que marca con su huella toda la arena de la política española de la centuria. El regeneracionismo es, pues, un movimiento altamente fecundo. Pero no en 1900. Al acabar el siglo, sus propulsores no se muestran capaces de movilizar en su favor la opinión del país, que continúa silenciosa.

¿Cómo se explica, pues, la crisis final de la historia reciente de España, si aquí concluimos que la de 1898 no aparece como una crispación irreversible y por completo negativa? Esa es otra cuestión. En el fondo, lo que debió darse es justamente una posterior movilización de los españoles por otros motivos. Aquí hemos visto lo que atañe a la influencia de las guerras de Ultramar como motivo de sensibilización de una sociedad afectada no tanto por la derrota como por la sangría que provoca la contienda. Luego habrá que estudiar lo que concierne, también como factor movilizador, al replanteamiento de la cuestión religiosa durante la primera década de la centuria. Es probable, por fin, que alguna de las claves se encuentre en el mal conocido período 1914-1923. Pero, insisto, todo ello constituye otro tema. Aquí lo que nos interesa es subrayar que el 98 es amargo, pero no derrotista, y que hubo soluciones.

La guerra de Cuba y los intelectuales

Por José Luis Abellán

Catedrático de Historia del Pensamiento Político. Universidad Complutense de Madrid



Azorín y Gabriel Miró



Baroja, en su despacho

LA guerra de Cuba representa por antonomasia la llamada crisis del 98. Aunque en aquella ocasión el Tratado de París, firmado por Montero Ríos el 12 de diciembre de 1898, concedía a los Estados Unidos las islas de Filipinas y Puerto Rico, la verdad es que ninguna pérdida tan dolorosa como la isla de Cuba, llamada «perla de las Antillas», y con la que los españoles manteníamos singulares lazos de afecto. Por otro lado, el peso económico de Cuba en el conjunto de nuestras relaciones coloniales era singularmente relevante, lo que traerá una serie de repercusiones muy profundas sobre la Península, algunas de las cuales pretendemos exhumar en estas líneas.

Sin duda es ese volumen económico lo que había impedido a la oligarquía española enfrentarse al problema cubano con una dosis mínima de objetividad y de ecuanimidad. Quisieron conservarlo todo y mantener allí intocables sus privilegios seculares, y el resultado fue que acabaron perdiéndolo todo. Probablemente es esta misma actitud la que les llevó a una interpretación «nacionalista» de la crisis del 98. Identificaban sus intereses de clase con los de la nación en su conjunto, y el fracaso de aquéllos consideraban que era el derrumbe de toda la nación. «España se ha quedado sin pulso», escribía Francisco Silvela el 16 de agosto de 1898 en

El Tiempo, y esas palabras resonaron ampliamente y por largo tiempo en todo el territorio nacional. Gabriel Maura —todavía diez años después— hablará de «la generación del desastre» para referirse a los intelectuales que surgieron en aquel momento y dieron la voz de alarma a los españoles (*Faro*, 23 de febrero de 1908). Y así ha quedado desde entonces para gran parte de la historiografía: «la generación del desastre» es la de 1898, y «el desastre» es el desafortunado acontecimiento del mismo año.

Mixtificación

Es lo cierto que en esa interpretación «nacionalista» de la guerra de Cuba los intelectuales ejercieron una función decisiva. Los hombres de la generación del 98 eran intelectuales provincianos que habían venido a Madrid para conquistar la fama literaria. Azorín, del Levante; Valle-Inclán, de Galicia; Machado, de Andalucía; Baroja, de Guipúzcoa; Maeztu y Unamuno, de Vizcaya; todos ellos idealizaron el paisaje y la historia de Castilla, identificando a España con Castilla e inventándose una Castilla que no existía.

Las mixtificaciones de estos escritores nos pueden dar una idea del poder del sentido estético cuando se ejerce de espaldas a la realidad. Los noventayochistas se inventa-

ron una meseta castellana que no era tal, dando por sentado que la leonesa Tierra de Campos formaba parte de Castilla; identificaron también a Castilla con el imperio español, que había sido un producto histórico del reino asturleonés, impuesto al secular sentido democrático castellano. Esta inmensa mixtificación se extendió durante los cuarenta años de franco-falangismo, produciendo una identificación geográfica e histórica de Castilla y León que nunca ha existido y creando la falsa imagen de un imperialismo centralista castellano basado en pura demagogia.

He tratado de precisar cronológicamente los años de la gigantesca mixtificación y creo que no puede haber duda de ninguna clase. Entre el *En torno al casticismo*, de Unamuno, en 1895, y los *Campos de Castilla*, de Machado, en 1912, ocurre este curioso fenómeno estético-histórico. Desde luego, en 1915 el lugar común ha adquirido carta de naturaleza; en ese año Julio Senador, famoso notario vallisoletano, escribe su libro *Castilla en escombros*, donde los tópicos están bien asentados. En el prólogo nos dice: «Al hablar de Castilla entiéndase que nos referimos a toda la región central, incluyendo León, Extremadura, gran parte de Aragón y otra mucho mayor de Andalucía» (1). El mito castellano está ya tan sólidamente establecido que cree que toda la regeneración española ha de empezar por Castilla; por eso dice de ésta que «es el regulador de la vida nacional; y no hay manera de que España renazca fuerte y grande mientras Castilla siga viviendo en la abyección. Sobre este solar debió construirse la nueva patria como se construyó la vieja» (2).

La tergiversación era tan honda que la moderna historiografía se ha visto obligada a empezar un proceso de desmitificación de profundas repercusiones. En esta línea hay que situar los esfuerzos de Anselmo Carretero en su libro *Las nacionalidades españolas* (3) y, sobre todo, *La personalidad de Castilla en el conjunto de los pueblos hispánicos* (4), donde desmonta pieza por pieza el mito castellano, tal como fue elaborado por los hombres del 98.

Pero la desmitificación exigía llevarse más lejos. Una cosa es demostrar, con los datos en la mano, cómo se ha producido ese fenómeno de la «castellanización» de la historia de España y otra explicar por qué se ha producido y a qué causas obedece. Sólo si contestamos a estas últimas preguntas sabremos cómo se produjo la interpretación «nacionalista» de la guerra de Cuba.

A esta labor han contribuido Antonio Ramos-Oliveira, Manuel Tuñón de Lara y, modestamente, quien escribe estas líneas. Los dos autores mencionados en primer lugar nos hacen ver cómo «el detonador» del 98

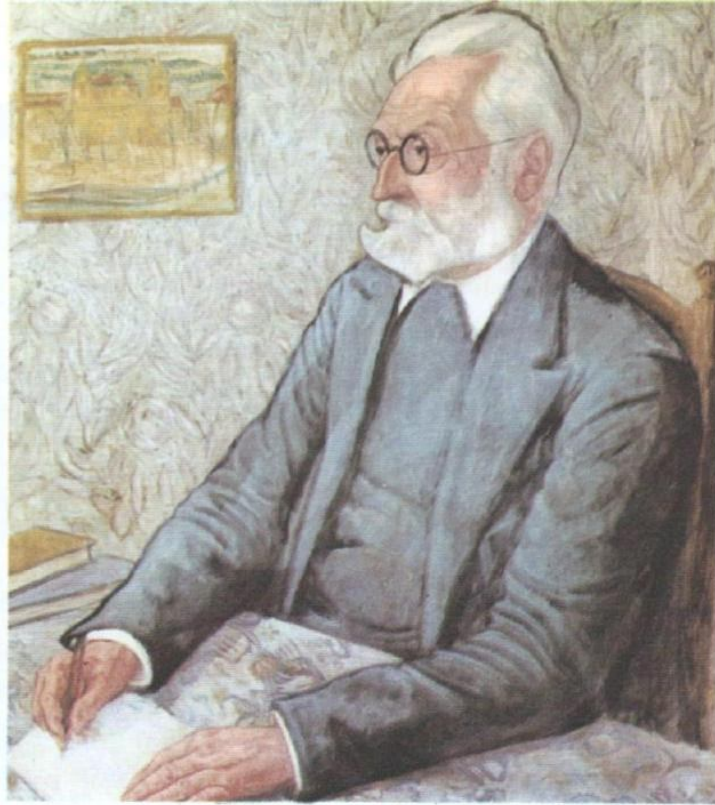
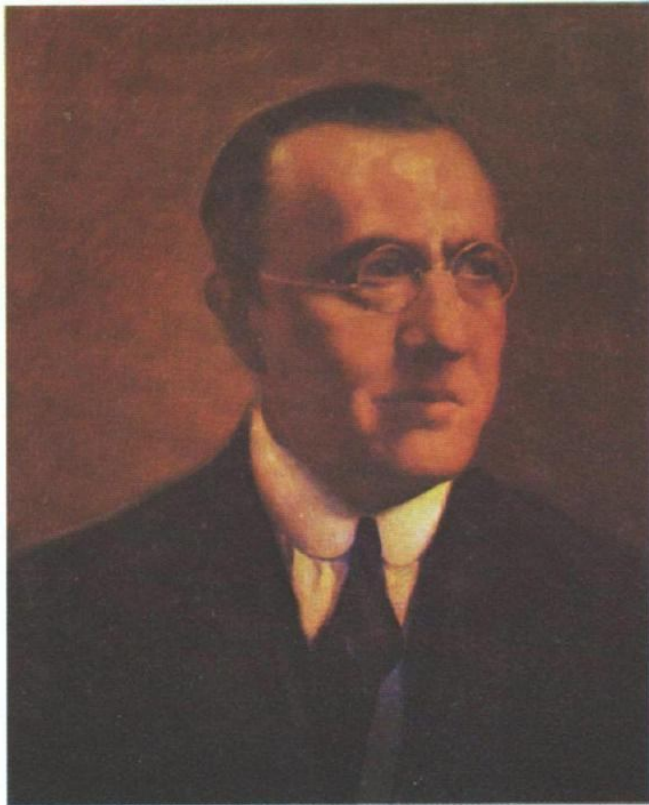
no representa más que el momento culminante de una crisis del sistema colonial español que venía arrastrándose de muchos años atrás. Por eso dice Tuñón: «Lo que está en crisis es el Estado de la monarquía, el sistema colonial, todo el sistema canovista de los partidos de turno apoyados en una monstruosa falsificación del régimen parlamentario por medio del caciquismo y vicios anejos. Hay una crisis política evidente, una crisis del sistema imperial-colonial tal como los gobernantes y clases dominantes se habían empeñado en hacer prevalecer; y, consecuentemente, se produce una profunda crisis ideológica».

Crisis de un sistema

En la guerra de Cuba la crisis «estalla» con toda su violencia y pone de manifiesto la imposibilidad de seguir manteniendo el sistema de economía colonial, y la hegemonía ideológica de la oligarquía que vivía de él. Esta oligarquía identificaba sus intereses con los de la nación; por eso al producirse la derrota considera que aquello es el fin del imperio español, que es la cota más baja de la decadencia nacional, y se entrega a una retórica patrioterica que tiene muy poco que ver con la situación real del país. No se dan cuenta de que el imperio cuando de verdad se perdió fue en 1824, y no ahora al final del siglo; no se dan cuenta de que, a pesar de todo, España está inserta en un lento proceso de recuperación económica, y que su crisis no es el desastre «nacional» que quieren pintarnos. Por eso dice con clarividencia Ramos-Oliveira que aquella crisis era «punto de partida, y no, como se cree, un eslabón más en la cadena de la decadencia de España. Es un error pensar que la pérdida de las Antillas constituye la cancelación de un proceso fatal de liquidación del imperio español».

La guerra de Cuba y la crisis en que se insertaba no era, pues, el fin del imperio, sino la crisis de un sistema colonial de economía; no era la *debacle* de España como nación, sino el fin de una estructura económica determinada. Y a esa situación responde la reacción de los intelectuales del 98. Se ha dicho que este año significa «la ruptura de la hegemonía del bloque oligárquico y no la cota cronológica de una generación» Estamos de acuerdo y, sin embargo, creo que las transformaciones económico-sociales operadas a partir de ese año van a marcar algunas de las características más importantes de la generación del 98.

En la primera década del siglo los cambios son tan importantes que por primera vez puede hablarse de un verdadero capitalismo español. La situación es descrita así



Ramiro de Maeztu (arriba, izquierda). Miguel de Unamuno (arriba, derecha). Antonio Maura (derecha). En la fotografía de abajo, de izquierda a derecha, Antonio Machado, Gregorio Marañón, José Ortega y Gasset y Ramón Pérez de Ayala

por Tuñón de Lara: «En definitiva, si el primer decenio del siglo conoció un impulso de las inversiones como no se había producido hasta entonces, se debió en primer lugar a la repatriación de capitales; en segundo, a la necesidad de exportar capitales que tenían las grandes potencias extranjeras; en mucho menor grado, a la acumulación capitalista de los exportadores de minerales, empresarios de siderurgia y terratenientes que tomaban acciones de la banca. Por último, no es posible ignorar el caso de ciertos grupos capitalistas que hicieron pingües negocios con los suministros a ambos ejércitos durante la segunda guerra carlista... La suma de estos fenómenos produce la integración en las "grandes familias" del siglo XX de un grupo de jefes de empresa y



grandes comerciantes (algunos especuladores) que se habían elevado verticalmente durante el siglo XIX» (8).

Este capitalismo inicial, pero ya auténtico, pues era algo más que una oligarquía de terratenientes, promueve la creación de un importante proletariado urbano y los consiguientes enfrentamientos con la burguesía. Los intelectuales del 98, que habían surgido a la vida pública con ideologías radicales de izquierda, se ven abocados a tomar una postura definitiva; su situación es ambivalente: su sentido de la justicia les inclina al socialismo (Unamuno, Maeztu) o al anarquismo (Azorín, Baroja), pero la búsqueda de fama literaria les arrastra hacia la burguesía, donde está su público, el único con capacidad de compra para sus productos. En esta situación se lanzan hacia la poesía y la ensoñación, recreando los temas literarios que les van a dar fama: Castilla, don Quijote, don Juan, la España ideal (9).

Por otro lado, su origen social —la pequeña-burguesía provinciana— les conduce a posturas individualistas, de crítica acerba a la estructura dominante, pero sin integrarse claramente en la opuesta. Ahí está la clave de la literatura estetizante y evasiva de estos intelectuales, y en ella la mixtificación del tema castellano surge casi espontáneamente, pues a él tenía que ser sensible la nueva oligarquía en crisis, que identificaba sus intereses de clase con los de nación en su conjunto. Y esta era la crisis que provenía de la crisis del sistema colonial y de la ruptura del bloque ideológico dominante. Hay una frase en el libro de Julio Senador a que hice alusión antes en que parece tomarse conciencia del hecho; dice así: «Nuestra ruina es completa. La miseria cunde. Ya no

tenemos colonias en que emplear a los que aquí no hallan trabajo. El mundo entero está sembrado de huesos de emigrantes españoles» (10).

Cruce de biografías

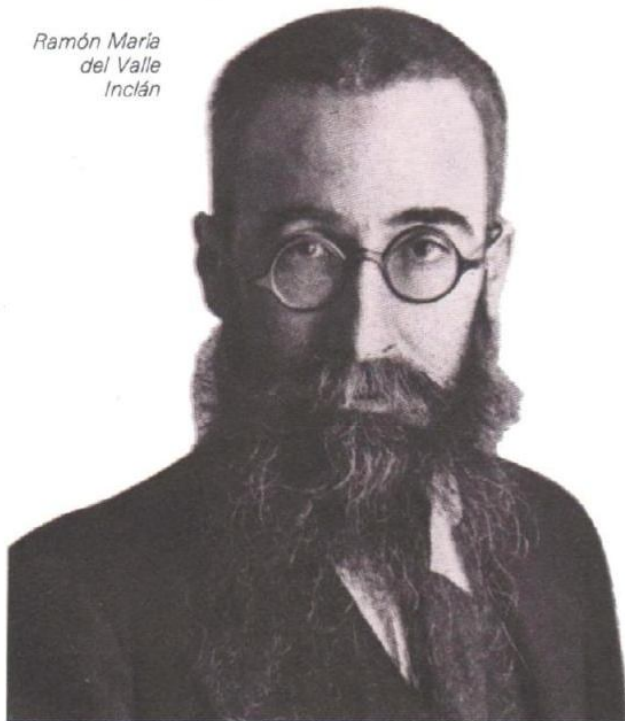
Al desarrollar estas ideas en mi libro *Sociología del 98*, algunas personas no vieron clara la identificación significativa del 98 con la crisis de la pequeña-burguesía durante los primeros años del siglo XX. Su desacuerdo provenía probablemente —y yo estaría de acuerdo en ello— de la falta de unidad ideológica entre los diversos miembros de la llamada generación del 98. ¿Qué tiene que ver —se me decía— un reaccionario como Maeztu con un progresista como Machado? ¿Cómo se explica las contradicciones de Unamuno? ¿Qué tiene que ver Valle-Inclán con Azorín? Estas interrogantes tienen su última razón de ser en la imagen pública que nos ha quedado de estos autores, pero dan por supuesto que no se ha tenido en cuenta la evolución ideológica de los mismos.

Al hacer el análisis de dicha evolución comprendí que había un período —el que va de 1898 a 1912— en que se produce lo que llamé un «cruce de biografías», durante el cual estos hombres tan distintos, con trayectorias biográficas e ideológicas tan diversas, coinciden en un punto. En esa encrucijada unos vienen del modernismo estetizante y van hacia una literatura de compromiso social y político (Machado y Valle-Inclán), mientras otros vienen de ideologías radicales de izquierdas (anarquismo o socialismo) hacia una literatura estetizante y evasiva (Azorín, Baroja) o un compromiso político reaccionario (Maeztu), si no permanecen en una eterna contradicción, alimentada por la «paradoja» (caso de Unamuno).

En cualquier modo, todos ellos coinciden durante esos años que hemos señalado en una rebeldía estética, que utiliza los mismos tópicos. Son los años que Baroja escribe *Camino de perfección* (1902) o *El árbol de la ciencia* (1911); Azorín publica *La voluntad* (1902), *Antonio Azorín* (1903), *Las confesiones de un pequeño filósofo* (1904); Unamuno publica *Vida de don Quijote y Sancho* (1905) y el *Sentimiento trágico de la vida* (1913); por los mismos años Machado escribe los poemas de *Campos de Castilla* (1912) y Valle-Inclán pergeña sus *Comedias bárbaras* o la trilogía de *La guerra carlista...* Un análisis de todas estas obras y de su último contenido ideológico nos revelaría una actitud de rebeldía estética contra la situación dominante en el país, pero sin compromiso definitivo con nada y con nadie.

Es fácil, tras lo dicho, manifestar un cierto desprecio por la generación del 98. Sin em-

Ramón María
del Valle
Inclán



bargo, no debemos olvidar que es con ellos con quienes surge el término «intelectual» en España con clara conciencia de pertenecer a una «clase» nueva que tiene una función de carácter rector en la vanguardia política y social. A esta conciencia de su papel en la sociedad se une la utilización de un modo de expresión propio que les caracteriza. Aunque entre ellos hay poetas, novelistas y dramaturgos, lo que les caracteriza es el uso del «ensayo» con conciencia de tal. Recordemos que en 1900 todavía el término no tiene plena vigencia social; en ese año, cuando *Clarín* escribe una crítica al *Ariel*, de José Enrique Rodó, no sabe cómo clasificarlo; dice que «no es una novela ni un libro didáctico», sino de «ese género intermedio que con tan buen éxito cultivan los franceses y que en España es casi desconocido».

En 1914, cuando Ortega y Gasset publica sus *Meditaciones del Quijote*, no duda ya en llamarlo «ensayo», recabando para ese nuevo género literario una definición que no ha sido superada. «El ensayo es la ciencia, menos la prueba explícita», nos dice. ¿Qué ha pasado entre 1900 y 1914? Sencillamente, que los nuevos intelectuales han hecho ya parte importante de su obra y han dado plena vigencia al nuevo género como forma de expresión literaria.

Los hombres del 98 representan, pues, en nuestra historia cultural una cota difícilmente desdeñable. Son conscientes de su función socio-política como «intelectuales», cuyo término reivindican para su quehacer, e introducen definitivamente el «ensayo» como modo de expresión, dando así entrada a lo que caracteriza específicamente nuestra historia literaria del siglo XX.

Pero no terminan ahí las consecuencias de la guerra de Cuba y sus repercusiones en el ámbito intelectual. Entre los representantes de esa supuesta generación del 98 hemos ya señalado la existencia de algunos miembros que expresaron con un compromiso más que literario, existencia, una verdadera conciencia intelectual progresista. Antonio Machado, convertido en poeta de la causa republicana durante los años de la guerra civil y fundido materialmente con el pueblo en la atropellada marcha hacia el exilio en el momento de atravesar la frontera en enero de 1939, es el símbolo máximo de ese compromiso.

Pero no hacía falta remontarse hasta la solidaridad total expresada por Machado para ver reflejadas en los hombres del 98 las contradicciones de una sociedad española que desde 1898 no ha remontado los planteamientos belicistas para resolver sus hondas diferencias de clase. En este sentido, nada más revelador que las numerosas páginas de Unamuno dedicadas a la guerra civil

como medio de combate espiritual y sus temerarios juegos de palabras sobre la guerra civil-civil y la guerra civil-incivil, que acabaron literalmente quemándole el corazón.

NOTAS

- (1) Julio Senador, *Castilla en escombros*. Valladolid, 1915; pág. 7.
- (2) *Ibid.*, pág. 11.
- (3) Anselmo Carretero y Jiménez, *Las nacionalidades españolas*. Hyspamérica Ediciones. San Sebastián, 1977.
- (4) Anselmo Carretero y Jiménez, *La personalidad de Castilla en el conjunto de los pueblos hispánicos*. Hyspamérica Ediciones. San Sebastián, 1978.
- (5) M. Tuñón de Lara, *Costa y Unamuno en la crisis de fin de siglo*. Madrid, 1974; pág. 36.
- (6) A. Ramos-Oliveira, *Historia de España*. México, 1952; vol. II, pág. 336.
- (7) Tuñón, *op. cit.*, pág. 37.
- (8) M. Tuñón de Lara, *La España del siglo XIX*. París, 1968; págs. 337-38.
- (9) Véase mi libro *Sociología del 98*. Ed. Península. Barcelona, 1973.
- (10) *Obra citada*, pág. 292.
- (11) E. Inman Fox, *La crisis intelectual del 98*, Madrid, 1976.

Bibliografía

Abellán, J. L., *Sociología del 98*, Barcelona, Península, 1973. Azcárate, P. (ed.), *La guerra del 98*, Madrid, Alianza, 1968. Baroja, R., *Gente del Noventa y Ocho*, Barcelona, Juventud, 1965. Blanco Aguinaga, C., *Juventud del 98*, Barcelona, 1978. Carr, R., *España, 1808-1939*, Barcelona, Ariel, 1969. Carretero y Jiménez, A., *Las nacionalidades españolas*, San Sebastián, Hyspamérica Ediciones, 1977. Fernández Almagro, M., *Historia política de la España contemporánea*, (3 vols.), Madrid, Alianza, 1968. Fontana, J., *Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX*, Barcelona, Ariel, 1973. Inman Fox, E., *La crisis intelectual del 98*, Madrid, 1976. Laín Entralgo, P., *La Generación del Noventa y Ocho*, Madrid, Espasa Calpe, 1970. Jover, J. M., Tortella, G., y otros, *Revolución burguesa, oligarquía y constitucionalismo*, Barcelona, Labor, 1984. López Morillas, J., *Hacia el 98. Literatura, sociedad, ideologías*, Barcelona, 1972. Ortega y Gasset, J., *España invertebrada*, Madrid, Espasa Calpe, 1980. Pérez de la Dehesa, R., *El pensamiento de Costa y su influencia en el 98*, Madrid, 1966. Id., *Política y sociedad en el primer Unamuno*, Barcelona, Ariel, 1973. Serrano, C., *Final del Imperio de España, 1895-1898*, Madrid, Siglo XXI, 1984. Tuñón de Lara, M., *Costa y Unamuno en la crisis de fin de siglo*, Madrid, Edicusa, 1974. Id., *La España del siglo XIX* (2 vols.), Barcelona, Laia, 1977. Id., *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*, Barcelona, Bruguera, 1982. Unamuno, M., *Pensamiento político*, en edición de Elías Díaz, Madrid, Tecnos, 1965.

**Estamos
haciendo futuro.**



Telefónica